

OBRAS

REMEDIOS, UNA MUJER SIN PATRIA

LA PATRIA AL HOMBRO

LAS COSTURERAS

LOS SIRVENTES

LA PATRIA AL HOMBRO

Proyecto ganador de la beca a la creación. Fondo Nacional de las Artes. 2017.

La tarea más difícil consiste en hilvanar nuestro registro de los acontecimientos con nuestras interpretaciones, aceptando la imposibilidad de re-producir lo que indefectiblemente pasó. Es con ese sentido que consideramos indispensable volver a las huellas del pasado. No para fotografiar las marcas de las suelas de los maestros por las rutas patagónicas o de los tacones en los pasillos ministeriales, sino para interpretar los mensajes, los dramas, las gestaciones, que sus pasos contienen.

Adriana Puiggrós-

Personajes

Miss Frances

Miss Mary

Don Isidro.

Doña Encarna, esposa de Isidro

Amanda, hija de Don Isidro y Doña Encarna

Clara, sobrina de don Isidro

Juan, novio de Clara

ESTAMPA PRIMERA.

1884. Córdoba

Sobre un estradito improvisado, Mis Frances y Miss Mary, maestras norteamericanas, con ropas sobrias y sencillas posan junto a Don Isidro.

Don Isidro, quien perdió un brazo en batalla, haciendo gala de sus insignias militares, habla frente a un hombrecito, que oficia de periodista y fotógrafo, en el sopor de una tarde de provincia.

ISIDRO: *(desde el estradito).* Hoy la Patria está dando el puntapié inicial a esta gran reforma educativa. Este proyecto no sería posible sin la colaboración de los Estados Unidos de América quien supo enviarnos a unas de sus joyas más preciadas, sus maestras. En manos de estas mujeres americanas ponemos la educación de nuestros hijos, sabiendo que solo la educación hará de ellos seres más justos y libres.

Se escucha el disparo de la cámara fotográfica y una luz baña por un instante el estradito. Luego se escucha un silbido y una piedra va a dar en la pollera de Miss France.

ESCENA 1

Clara, agazapada escucha la presentación de las maestras, y es sorprendida por Juan que llega corriendo con unas piedras en las manos. Juan la descubre a Clara.

JUAN: ¡Clara!

CLARA. ¡¡¡Ah!!! ¿Qué haces Juan?

JUAN: ¿Qué haces vos? ¿No sabes que esta es zona peligrosa? Que estás en zona endemoniada

CLARA: ¿Qué?

JUAN: ¿No fuiste a misa? Hay carteles en todas partes. Lo trajeron desde los Buenos Aires unas gringas que hablan su idioma y van a enseñar su culto. Dicen que anda a la caza de mujeres, buscando niñas jóvenes y lindas como vos.

CLARA: Por qué será que el demonio siempre anda detrás de mujeres.

JUAN: ¡No es sonzo!

CLARA: Dios tampoco... también se sirve de nosotras.

JUAN: Pero Dios se sirve para bien. En cambio, el demonio las quiere hacer caer en tentación; quieren que se olviden para qué nacieron. Las quieren lejos, educando hijos ajenos en su nombre, sirviendo a Satanás

CLARA. Das miedo Juan

JUAN: ¡Si? Haces bien...

CLARA. ¿De dónde sacas lo que decís?

JUAN: ¿Cómo de dónde lo saco? De la iglesia.

CLARA. Te gusta hablar Juan.

JUAN: Quiero que la gente me siga...

CLARA: ¿Y para que querés que te sigan?

JUAN: No va faltar mucho para que esté comandando los destinos de estas tierras.

CLARA: ¡Tené cuidado, viste como terminan... todos mutilados.

JUAN. A mí nadie me va a cortar a pedazos.

CLARA: Yo no me caso con un mutilado. Antes me hago colgar.

JUAN: Me vas a tener enterito, para servirte, hasta la muerte.

CLARA: Mi papi también supo jurar mucho y ahí está.

JUAN: A tu papi le faltó horizonte. Si uno no tiene horizonte, más te vale no largarte a la mar. Un hombre sin horizonte es como un barco sin destino, nunca tendrá viento favorable.

CLARA. ¿De dónde sacas lo que decís?...

JUAN. El cura Ramon me prepara. Y si el demonio no mete la cola, llegamos lejos, pero ojo, porque anda queriendo y no hay que dejarlo...

CLARA. Las americanas no tienen cara de demonio.

JUAN: ¿Lo estuviste viendo? ¿Cruzaste a las americanas? Clara, mirá que hasta de lejos saben cómo endemoniarte, dicen que primero te deja como sonsa y después... ¡Hablando de sonsa! Ahí viene una.

Amanda llega casi corriendo, lleva puesto un bonete con orejas de burro.

CLARA: ¡Amanda, ¿qué te pasó?

AMANDA: ¿Por qué no fuiste a la escuela Clarita? El padre Ramon estuvo preguntando donde andabas. Hoy teníamos que tenías que repetir los ejercicios de construcción....

JUAN: ¿No será de construcción?

AMANDA: Me tocó a mí.

JUAN: ¿Qué aprenden ustedes?...

CLARA: ¡Cállate Juan! Hartás haciéndote el que lo sabes todo.

JUAN: Mejor escucha al burro que tenes delante.

CLARA. Sacate ese bonete Amanda, no andes así por las calles.

AMANDA: Llego tarde a casa.

Amanda se aleja corriendo.

CLARA. ¿Me invitas?

AMANDA: Hoy no puedo.

CLARA. ¿Por?

AMANDA: Llegaron las americanas.

JUAN: ¡Ahi los tenes! Con tal de ganar las elecciones el padre anda haciendo pacto hasta con el demonio.

CLARA. *(yéndose)* Me aburrís.

JUAN: Un hombre no es hombre si no está para enseñarles a las mujeres todo. ¡Clarita!!
¡Porque te retobas, che!!

Juan sale detrás de Clara.

ESCENA 2

Habitación vacía que improvisa ser salita de maestras. Doña Encarna espera con sus ropas de gala. Entra Amanda con vestido de fiesta y bonete.

AMANDA: *(asomándose)* Ma, ¡ahí vienen!

DOÑA: ¿Qué haces con eso!! ¡Sacate esa porquería!

AMANDA: El padre Ramon me tiene podrida. De loro me quiere, meta y meta repetir. No sirvo para loro mami. Estoy cansada

DOÑA: ¡Pero claro nena! Estos curas lo único que saben es repetir. Y después quieren que uno los imite. Vos estás para otra cosa, sacate esa mierda de la cabeza... Decime ¿pudiste convencer a alguna compañerita? ¿Les contaste que llegaban las americanas?

Amanda se asoma a la puerta de entrada.

AMANDA: Ahí viene el papi con ellas. ¡Qué lindas son!!!

Entra don Isidro seguido de Miss Frances.

ISIDRO: Por acá ...por acá

DOÑA: Biutiful biutiful , bienvenidas!!

MISS FRANCES: Permiso, buenas mañanas.

DOÑA: Adelante, siéntase como en su jaus, it is jaus! Traducí, nena...

AMANDA: Pero si ellas hablan inglés.

DOÑA: (A Amanda) ¿Me entiende?

ISIDRO: Madre e hija estudiaron inglés para recibirlas.

DOÑA: Güecom, güelcom!

MISS FRANCES: ¿Qué vendría a ser?

DOÑA. Inglés.

AMANDA: No maaa, pregunta por el lugar.

DOÑA: ¡Ah!!

ISIDRO: Acá tenemos dirección y sala de maestras. Afuera aulas y patio para los alumnos. Del otro lado...

DOÑA. Mai jaus; Amanda, traduci

AMANDA: Del otro lado del patio está nuestra casa. Y al fondo un lugarcito para ustedes.

MISS FRANCES: Oh, my God!

DOÑA: Si, veri god!! Vienen de lejos...lejos....

MISS FRANCES: De Paraná, de abrir allí el primer colegio Normal...Mucho trabajo, mucho ...

DOÑA: ¿dónde sería eso?...

Don Isidro asomándose al patio

ISIDRO: ¡Miss Mary! Acá, por acá.

Entra Mary, es unos años más jóvenes que Frances, la simpleza de ambas contrasta con las ropas de Doña Encarna y Amanda.

AMANDA: ¡Es preciosa!

MISS FRANCES: ¿No enviaron desde Buenos Aires unos planos con lo que se necesitaba? Medidas de las aulas, cantidad de pupitres, las medidas de la biblioteca. El señor Sarmiento tenía el informe que se envió desde los Estados Unidos.

ISIDRO: Sí, sí, por acá... *(busca dentro de una carpeta averiada)*

MISS MARY: Oh my God!!

MISS FRANCES: Tendríamos que tener una reunión con el responsable de educación.

DOÑA: *(señalado a Isidro)* Ahi lo tiene.

MISS FRANCES: No me habían informado. ¿Esto a quién pertenece?

DOÑA: ¿La propiedad? Es nuestra.

ISIDRO: Estamos para cambiarle la cara a la patria. Y prueba de que nos estamos superando es que están ustedes. Miren como nos estaremos superando que ahora mi esposa habla inglés.

MISS FRANCES: ¿Los muebles...?

DOÑA: Llegando. Vio cómo están los caminos, todos minados, ¡verdaderos campos de batalla!

ISIDRO: Vamos a reconstruir la patria toda.

DOÑA. Ies!!

MISS MARY: Oh God!!

MISS FRANCES ¿La inauguración sería?

DOÑA: God, god...si, veri gud!!

ISIDRO: La semana próxima.

MISS FRANCES: Ahhh!

MISS MARY: ¿Alumnos?

ISIDRO: ¡Diez!

MISS FRANCES: ¿Informaron que la escuela va a ser laica?

Risa nerviosa de Doña Encarna

DOÑA: ¿Qué sería?

ISIDRO: Laica, obligatoria y gratuita, como marca la flamante ley. (*Saliendo*) Síganme míster... en frente más aulas...allá un salón público y...

Don Isidro sale. Miss Mary detiene un instante en la puerta a Miss Frances antes de salir.

MISS MARY: (*A Miss Frances*) We have to write to the Education Council! They must know that nothing is here

MISS FRANCES: All right, but keep calm

Las señoritas salen siguiendo a Don Isidro.

DOÑA: Mirá que presumida las gringas. ¡Acá las vamos a educar!

ESCENA 3

Patio, tarde. Clara sentada, atada a una silla que esta sobre una mesa. Abajo a un costado Amanda, con oreja de burro.

CLARA. Voy a vomitar. Me da vuelta todo. Estoy flotando en la mar...

AMANDA: !Mirá el punto fijo... ¡No cierres los ojos!

CLARA. ¡Que el padre Ramon me baje! Por favor... ¡Mamá!

AMANDA: ¿Voy a avisarle a tu mami?

CLARA. Nooo, ella va a decir que está bien... Todo lo que el padre Ramón hace para ella está bien.

AMANDA: Yo me voy y no vengo más. Me quedo estudiando con las americanas. Venite conmigo.

CLARA: Nos prohíben ir. En la iglesia anda diciendo que ellas están poseídas por Satanás.

AMANDA: Ja... Si para ser como ellas me tengo que dejar por el demonio, me dejo.

CLARA. Las estuve espionando... ¡No digas nada Amanda!! Van a creer que estoy embrujada.

AMANDA: Yo invité a un montón... Las mellizas Santo Alcaraz se viene las dos. Los curas nos quieren para loros, en cambio las americanas nos sueñan para otra cosa...

CLARA. ¿Las dejaron!

AMANDA: Falta poco para las elecciones, el padre anda queriendo congraciarse con el gobierno, no quiere quedarse afuera. Habla en tu casa Clarita. Si venís y te formas para maestra, capaz que a tu papi lo ayudan...

CLARA. A mi papi no lo puede ayudar nadie. Lo único que falta en mi casa es que yo me deje llevar por Satanás. (*Pausa*) ¡¡¡Amandita, me da vuelta todo!!!

AMANDA. Mira el punto fijo.

CLARA: Fuego...

AMANDA. Es la esquina de casa, están haciendo quemas. El padre Ramon los manda a exorcizar la manzana

CLARA: ¡¡Arde!!

AMANDA: Me voy

CLARA: Amandita.

AMANDA: Me tengo que ir.

Amanda sale corriendo.

CLARA. ¡Dios! Me quiero bajar.

ESCENA 4

Noche patio. Don Isidro y Doña Encarna.

DOÑA: ¿Por qué no me dijiste la verdad?

ISIDRO: Te lo dije mujer, pasa que vos no me escuchas

DOÑA: Tan infeliz me crees, mirá si voy a aceptar, así como así ponernos a la curia en contra.

ISIDRO: ¿A cuatro pelagatos llamas curia?

DOÑA: ¿Cuatro pelagatos? Mirá lo que es esto... me están llenando la sala de humo... y tu prima comandando la yunta.

ISIDRO: A la civilización la llaman demonio... ¡Junta de vagos! Pero bien que cuando hubo que salir a correr a los salvajes se tomaron el buque. El marido, el primero, a la mar, a tomar la fresca. Y ahora anda mostrados medallas y títulos de guerra. Todo papel falso, puro carnaval.

DOÑA: El inútil estaba neurasténico, necesitaba fresco, cambiar de ventolina...

ISIDRO: ¿Neurasténico? ¿Cambiar de ventolina? Si no fuera por nosotros este país sería una trupa de salvajes, todos en pelotas y a los gritos.

DOÑA: ¡No grites así que escuchan las gringas!

Se escucha cantar a Miss France y detrás la voz tímida de Amanda.

ISIDRO: Se molestan porque traemos del norte de América maestra. Aquí buscamos que nuestros hijos se eduquen en el progreso. Aquí soñamos patria.

DOÑA: Baja la voz quieres, ¡que no estás en un mitin político!

ISIDRO: Me agarra el mareo colosal, ¡reviento!!

DOÑA: Tu prima contó que el cura Ramon anda diciendo que el Loco trajo a las gringas porque quieren implantar en el país otra religión... ¿Vos sabes que religión es esa?

ISIDRO: Ma que religión... ¡Ignorancia! No pierdas tiempo. Y responde en inglés, que te queda lindo. *Se escucha un canto que llega desde lejos* ¿Y eso?

DOÑA: La gringa

ISIDRO: ¿Es lírica?

DOÑA: Canta... *(Pausa)* ¿A dónde vas?

ISIDRO: A ver si me liberaron los fondos... Y a conseguir mobiliario.

DOÑA: ¿No era que venían desde Buenos Aires?

ISIDRO: ¡Buenos Aires!! Muchas ideas progresistas pero el cuerpo lo ponemos nosotros...

DOÑA: ¡Me cago en ellos!! ¿No estaban en camino?

ISIDRO: Esos lo único que saben poner en el camino son problemas.

DOÑA: No doy más Isidro... mirá como estoy toda brotada...

ISIDRO: Bueno, che...

DOÑA: Mírame al menos... ¿ves como estoy? ...Anoche soñé que me dabas de cachetadas por qué yo te decías que tu ambición nos había empujado a la ruina, y después me decías... *(hace el gesto de alguien hablándole sin sonido y con furia).*

ISIDRO: ¿Ehhh?

DOÑA: Que sé yo que decías... hablabas en ingles...

ISIDRO: Sueño de pichón que se da contra el barro porque no aspira al cielo.

DOÑA: No vengas con poesía que te queda para el culo.

ISIDRO: Yo me soñé sentado en una estancia, rodeado de vacas que fumaban, habíamos armado sociedad, me habían nombrado presidente. ¡Epifanía!

Isidro sale

DOÑA: ¡Me cago en tu sueño!

ESCENA 5

Mañana de sol, aula, llegó el día de inauguración. Miss Mary barre el aula. Entra Frances, vestida para la ocasión, sus ropas son siempre austeras; la sigue Amanda agitada, aunque en su mundo de fiesta, se la ve preocupada.

MISS FRANCES: No llegaron los bancos, no hay sillas donde sentarlos. ¿Dónde está tu papá?

AMANDA: No sé... ¡Ah, sí!, dijo que solucionando problemas de último momento.

MISS MARY: Esto no es de último momento.

AMANDA: Traje más sillas de la casa.

MISS FRANCES. ¡No habíamos quedado en eso!!

Doña Encarna, entra vestida como para fiesta

DOÑA: ¡Amanda!! Anda y decile a los de al lado que nos prestan unas sillas; ¡Apurate, nena!

AMANDA: ¡No hay más!

DOÑA: Te dije que pidieras prestadas.

AMANDA: ¡No conseguí más! Don Mario vino para irse, dice que se siente mal.

DOÑA: ¡Ja! Si yo cada vez que me sintiera mal me iría a meter en la cama sería fácil... ¿que edad tenés nena?

AMANDA: ¡Trece, mamá!

DOÑA: Catorce años que no me levantaría de la cama; desde que me casé con el padre que me siento mal.

AMANDA: Mamáaa

DOÑA: Termina de decir mamá y anda a avisale a tu padre que busque otro.

MISS FRANCES: No es así como se trabaja doña Encarna. Nosotras estamos eligiendo persona acorde al puesto.

DOÑA: Y Bueno, ¿que quiere? Si el acorde no va hay que componer otra melodía... ¿Qué tiene Miss Mary?

MISS MARY: Mareo.

DOÑA: ¿Comió torta frita? Le dije que no abusen.

MISS MARY: El odor, naufragundo.

MISS FRANCES: Would you like a cup of tea, Mary?

MISS MARY: I'm feel better but I could have a cup of tea, thank you!

DOÑA: *(A Amanda)* Andá a saber que se dicen...

MISS FRANCES: Doña Encarna, ¿podrían servirle un te?

DOÑA: ¡Como no querida!... *(a Amanda)* Serví. Acá todo se soluciona con una taza de té.

MISS MARY: El olor, el humo...

DOÑA: Están pidiéndole a Dios que nos bendiga.

MISS FRANCES: ¿No se les puede pedir que despejen la entrada? Es hora de abrir las puertas. ¡¡No deben estar ahí!!

AMANDA: Miss France me gustaría cantar el aria que me enseñó, la estuve practicando.

DOÑA: ¡Qué lindo!... Anda a la iglesia

AMANDA: ¿Ahora a la iglesia? ...

DOÑA: ¡Estúpida! ¡Anda a abrir las puertas y terminala!

AMANDA: ¡¡¡Ufa!!! Estoy estufa, aburrida...

Amanda sale un instante

MISS MARY: What are we doing? What are we going to open here! Levanta la vista France, no hay nada...

MISS FRANCES: Estamos nosotras Mary, eso es lo importante.

DOÑA: ¡Que hermosas palabras! Aprendé de esta mujer ¿Dónde se metió?

MISS FRANCES: La mandó a abrir la puerta

DOÑA: ¿Fue?

Amanda vuelve agitada

AMANDA: Ahí viene...

DOÑA: ¡Ve que no hace caso! ¿Qué te dije Amanda!!

AMANDA Ahí viene el papi...Los católicos siguen haciendo humo.

DOÑA: Nena, ¿qué decís? Católicos somos todos.

MISS FRANCES: Todos, no.

DOÑA: Cómo, ¿no? ¿Qué somos?

MISS FRANCES: Repasemos el orden...

MISS MARY: Las palabras de Sarmiento hay que leerlas.

DOÑA. (Pausa) Pensar que pudo ser el padre de esta chica.

MISS FRANCES: ¿Quién?

DOÑA: Don Sarmiento

AMANDA: ¿Qué decís ma?!! ¡Qué asco!

DOÑA. ¡Sonza! Ojalá tengas mi suerte. Ojo, no se le vaya a escapar delante de mi marido...

MISS FRANCES: No soy de repetir.

DOÑA: ¡En serio? Usted no hubiese tenido suerte con los curas.

MSS FRANCES: ¿Hay alumnos en la puerta? Es importante que seamos puntuales.

DOÑA: ¡Escuchaste? ¡Movete Amanda!

AMANDA: ¡¡Voooooyy!!

MISS FRANCES: Mary, ¿estás bien?

Entra Don Isidro.

ISIDRO. ¡Perdón! El gobernador pidió que lo disculpara, inconvenientes de último momento. Urgencias políticas....

MISS FRANCES: ¿No va a estar?

MISS MARY: For God's sake!!!

Se escuchan relámpagos y truenos

DOÑA: ¡¡Llueve?!... ¡Llueve! ... ¡Maldición!!

ISIDRO: Vamos que ya está entrando la orquesta. ¿Tienen listos los discursos?

MISS FRANCES: Estamos. *(Pausa)* Mary, ¿estás bien?

Regresa Amanda con Clara.

CLARA: Permiso.

AMANDA. Miss, ella es mi prima, Clara.

DOÑA: ¡Ahhh!! ¡No te lo puedo creer!!

CLARA: ¡Vengo a estudiar!

AMANDA: Mami, ¡es la prima!!

DOÑA: Justamente... La madre la manda a buscar pleito.

MISS FRANCES: ¡Doña Encarna! Haga el favor de no gritar así

Miss France y Miss Mary la miran detenidamente, pero sin entender.

DOÑA: Conozco bien a su raza. ¡Los conozco!

ISIDRO: ¡Basta ya!!...Nena, ¿lo sabe tu madre?

CLARA: Mi papi me autorizó tío.

MISS FRANCES: ¿El padre aceptó?!!

DOÑA: ¡No me haga hablar!

CLARA: ¡No desprecie tía!

DOÑA: ¡El padre es un fugitivo! Cuando había que ponerle el pecho a la patria se tomó el buque. ¡Y no de guerra justamente! ¡Y ahora toda la familia anda mostrando documento falso, puro carnaval!!

CLARA: ¡El pobre ya está castigado, no lo castiguen ustedes más!

ISIDRO: ¡Basta!! Nadie elige a los padres. El que toca, toca. Los padres son una timba.

MISS MARY: What's it this man talking about?

MISS FRANCES: ¡Bienvenida Clara!

ISIDRO: Esto demuestra que la gente está cambiando. No solo nuestro presidente quiere un país mejor, ¡¡todos estamos bregando por un cambio que viene llegando!! Sino mire al padre de esta chica, de fugitivo a entender que su hija necesita un porvenir. ¿Y en manos de quién la pone? De las maestras americanas. ¡Quédese mi hijita, acá tiene un padrino!

DOÑA: ¡Dios! ¿Lo estás escuchando?

ISIDRO. La orquesta. ¡¡Vamos saliendo, vamos!!

AMANDA: Mis Frances, por favor... déjeme cantar

MISS FRANCES. ... Al final Amanda... si, al final.

Sale don Isidro con las maestras. Doña Encarna agarra a Amanda que esta al salir.

DOÑA: ¿Ahh? ¿No se pudieron conseguir más?

AMANDA: ¡Agradecé!

DOÑA: Mierda, con lo que uno hace por ellos.

Amanda sale, Doña Encarna detrás de ella

ESTAMPA SEGUNDA

Truenos y relámpagos. En el estradito improvisado algunas flores, de costado la bandera argentina, el viento sopla con intensidad volteando sillas vacías, las flores caen al piso y sobre el final llega la lluvia. En el centro Miss Frances, Miss Mary y Don Isidro.

ISIDRO: Vamos a poner en marcha la ley que terminará de erradicar el analfabetismo en nuestro país. *(La tormenta se hace más fuerte, Isidro sin saber cómo protegerse)* Cantidad de bibliotecas y pupitres están poblando este suelo. No vamos a cansarnos de inaugurar escuelas. Seguiremos hasta que no quede un solo rincón sin una de estas mujeres al servicio de nuestra educación... *(silbidos)* Seguiremos, seguiremos... hasta que... *(¡Escapando! ¡¡Vamos... vamos!!)*

Llueve copiosamente, Don Isidro va abandonando el estradito. Frances y Mary quedaron solas Ante un pequeño gesto de France, Amanda comienza su canto.

AMANDA: *Canta...*

ESTAMPA TERCERA

Tarde en el aula, Amanda canta bajito. Miss Mary barre y Clara lee un contrato.

CLARA: La señorita maestra se compromete a: barrer el aula una vez día. Fregar el suelo una vez a la semana con agua y jabón caliente. Encender el fuego a las siete para que la habitación esté caliente a las ocho cuando lleguen los niños. Limpiar la pizarra una vez día. No pasearse con hombre alguno...

AMANDA Es horrible este contrato mis Mary. ¡No lo firmen miss!

CLARA: Las quieren de sirvientas.

AMANDA. No, ¡de monjas del Loco! Esta armando religión, cofradía... lo dice el padre Ramon ...

CLARA. Amanda, ¡no grites!... ¿Miss, de madrugada limpiando, sin marido, sin hombres alrededor? No se puede firmar esto...

AMANDA: Hay que ser malo para hacerles firmar eso a ustedes que son tan lindas...

MARY. Shut up ... Vamos a firmarlo igual. Nosotras llegamos para hacer negocio. Acá pagan doble, y lo mejor es que salí de allí.

CLARA: Allá no puede ser peor que esto.

MARY. ¡Si hay peor!... Cuando mi padre murió, mi maestro le pidió a mi madre casamiento. Se casaron. Después en casa él puso los ojos en mí. Cuando llegó esta propuesta mi madre me ayudo a huir. *(Pausa)* Peor es no tener moneda en el bolsillo.

AMANDA: Te quiero miss.

MARY: ¡¡Abrazo no!! No, no... ¡No me gusta!

AMANDA: A mí no me importaría barrer, siempre y cuando tenga que hacerlo lejos, ¡¡muy lejos de acá!! ¡Maestra lirica voy a ser!...

Amanda sale barriendo hacia el patio. Clara vuelve al contrato.

CLARA: ¿Sigo? Las maestras se comprometen a

ESCENA 6

Noche patio, Isidro entrando, sale a su cruce Doña Encarna.

DOÑA: ¿De dónde venís?

ISIDRO: Cena con el gobernador.

DOÑA: ¿Y los bancos, y los pupitres, y la biblioteca? ¿De dónde los van a sacar? ... Yo no puedo andar sin sillas...

ISIDRO: Ya... ya están en camino...

DOÑA: ¡¡En camino!!...La que está en camino es la loca es tu prima. Dice que tenemos metido el demonio adentro, que va a hacer declarar esta manzana zona de excomuni3n... Te das cuenta que yegua la muy puta, como si uno no supiera detr3s de quien corr3a cuando le agarr3 la neurastenia al marido... Y ahora comanda este aquelarre de santidad...

ISIDRO: Andan queriendo postularse

DOÑA: ¿Qu3?

ISIDRO: Formaron Partido Unido. ¡La iglesia a la cabeza y unos cuantos conservas detr3s! Si no fuera porque son pat3ticos es para morir de risa. Todos unidos contra el gobierno. A un tranco de las elecciones nos quieren fuera. ¡Mierdas! Como si estuvi3ramos haciendo poco. *(Pausa)* Ojo Encarna, que no es momento de andar dormida.

DOÑA: ¡Tu sueño me tiene estufa! Las gringas andan diciendo que no tienen bibliotecas, que no tienen libros, que no tienen los alumnos, que as3 no se puede...

ISIDRO: Entretenerlas...

DOÑA: ¿Y de d3nde saco entretenimiento?

Se escucha cantar a Amanda

ISIDRO: No me hagas perder la cabeza. *(se hace m3s claro el canto de Amanda)* ¿Y eso?

DOÑA. Tu hija, se la pasa ah3 metida con ellas. Dice que se va a ser l3rica la est3pida.

ISIDRO: ¡Ojo!... Eso es cosa seria.

DOÑA: La voy a dejar muda.

ESCENA 7

Día, aula. Amanda y Clara terminando de cambiarse.

CLARA: Tuve la sensación de que alguien me seguía...No vi a nadie vigilando la entrada.
¿Y don Mario?

AMANDA: Vino la mujer a decir que está enfermo, no va a venir.

CLARA: ¿Y las mellizas Alcaraz? ¿Tampoco hoy vienen?

AMANDA: No sé, dicen que el padre todavía lo está pensando...Mas vale que se apuren,
sino se van a atrasar, se los dije...

CLARA. *(saca de un atado unos pantalones)* ¿Esto servirá? Son de mi hermano.

AMANDA: ¿Tu hermano tiene novia?

CLARA: No, va a entrar al seminario.

AMANDA: ¿Al seminario para cura?

CLARA: ¡Y sí! El seminario es para curas.

AMANDA: Va a ser para tragedia; con lo lindo que es.

CLARA: Lo hace para salir de casa, para escapar. Es preferible eso y no que se pegue un tiro, el pobre busca salir y no sabe cómo... es muy triste... Yo solo lo veo feliz cuando Juan viene a verme, es como si encontrara consuelo en su presencia.... pero a veces Juan lo esquiva, no sabe darse cuenta que tiene a su lado un ser sensible, que necesita ser escuchado... Cuando Juan se va, quedamos sumergidos en el infierno. Mi mami sufre la neurastenia, se la agarra con mi papi, dice que él tiene la culpa de todo lo que le pasa. Es horrible, ella no quiere verlo así, sin piernas, a la rastra.

AMANDA: Es triste. Nosotras con mi papi nos acostumbramos.

CLARA. Si las hubiera perdido en el frente hoy nuestra suerte sería otra. Pero le dispararon por traidor, ¡y eso está mal! El papi estaba enfermo de los nervios, necesitaba alta mar... Mi mami tampoco lo entiende; por eso se refugia en Dios, cree que es el único que puede salvarnos. Ella habla con la virgen, dice que le prometió un milagro y espera.

AMANDA: ¿Qué milagro?

CLARA: Acá el único milagro para nosotras es hacernos maestras y volar.

AMANDA: ¡Tenés razón! ¡Lo del novio se nos terminó! La guerra nos dejó puros clavos, los mutilados, los locos sueltos, lo peor.

CLARA. El novio te deja, el estudio no. Además el estudio tarde o temprano te da plata... Las mujeres si tenemos plata somos libres. Mirá que lindas las miss, viajan, hacen su vida. ¡Eso sueño! Las miss son la avanzada... sin ellas estamos perdidas.

AMANDA: Yo quiero avanzada.

CLARA: *(Pausa)* ¿Cómo me queda?

AMANDA: Lindo, a vos todo te queda lindo. ¡Vamos!!

CLARA: ¿Adónde?

AMANDA: El ejercicio físico es al aire libre.

Entra Juan casi de asalto, lleva del cuello colgada una lengua hecha de trapo, color rojo.

JUAN: ¡¡Alto ahí!!!

AMANDA: ¡¡Mami!! ¡¡Papi!! ¡¡Socorro!!

JUAN: ¡Hacela callar!

CLARA: ¡¡¡Juan!!! ¡¡¿Estás loco?!!

AMANDA. ¡¡Mami!!

CLARA: ¡Salí de acá!

JUAN: ¡Calla a la idiota!!

AMANDA: ¡Mami!!

CLARA: ¡Salí Juan!

AMANDA: ¡Mami!

Entra Miss Frances vestida con pantalón.

MISS FRANCES: ¿Quién es usted? ¿Dónde está el portero? ¡Don Mario!

JUAN: ¡Mírala a la gringa!! Si es para morir de risa. ¿Se cree que por ponerse pantalón va a ocupar mi lugar?

MISS FRANCES: Señorito, se necesita mucho más que un pantalón para ser varón.

JUAN: Ja, no diga...Les están tomando el pelo... pero yo no voy a dejar que jueguen con mi novia...

CLARA: Sacate esa lengua Juan, pareces un loco.

JUAN: Me la colgó el padre Ramon por culpa tuya.

CLARA. ¿Mia?

JUAN: Porque hablo al pepe, porque no hago respetar la palabra.

CLARA: ¿Qué palabra?

JUAN: Vas a ser mi esposa Clarita, me diste una palabra, dijiste que me ibas respetar. ¿de pantalones respetas? ¿Mintiendo respetas? ¿Sin consultarme respetas?

CLARA: ¡¡Te la colgaron por hablar mucho Juan!!

JUAN: Vamos Clara. Vengo bajo orden de tu padre a sacarte de acá...antes que te entre el demonio al cuerpo...

CLARA: Te dije que no Juan, ¡¿lo querés entender?! No quiero ser analfabeta, andar a la pesca de un hombre porque no tengo donde caer muerta. No quiero eso para mí.

JUAN: ¿Y quién quiero eso para vos? No vez que te metieron cosas raras en la cabeza. Que te estas dejando arrastrar por una avanzada que atrasa, puros discursitos mal montados.

AMANDA: ¡Mamá!

JUAN: Ahí la tenes, la hija de la avanzada patética. Todos apareados entre ellos.

AMANDA: ¿Lo dice por mí?

JUAN: ¡No!, te pareció!

MISS FRANCES: Respeto que esta es una escuela muchachito.

JUAN: ¿Vos sos ciega gringa?

AMANDA: Mis papis no son hermanos.

JUAN: A no, ¿y qué son?

AMANDA: Parientes... lejanos.

JUAN: Hermanos.

AMANDA: Primos son...

JUAN: ¿Y se creen que a estos les importa la educación, las buenas costumbres?

CLARA: Termínala Juan.

JUAN: Doña Encarna Pedrera de Pedrera Conde... el Conde no figura en los papeles, ella lo hizo agregar a cambio de unos pesos que le dio al escribano para ocultar promiscuidad.

MISS FRANCES: Oh, my God, where am I?!!

AMANDA: Si veri gud Miss, veri gud

MISS FRANCES: ¿Doña Encarna y don Isidro son hermanos?

AMANDA: Primos.

CLARA: Hermanos...

MISS FRANCE: ¿Qué son?

CLARA: Son primos hermanos.

JUAN: Que a las gringas le tomen el pelo vaya y pase, pero vos vas a ser mi mujer.

AMANDA: Salvajes, ¡¡¡todos salvajes!!

JUAN: Vamos Clara, sácate ese disfraz que tu padre me dio la orden de buscarte. ¡Vamos antes que sea tarde!

CLARA: Mentira, él me dio autorización para estar acá.

JUAN: Tu padre estaba ciego.

CLARA: Mi papi es un pobre hombre, que en su desgracia se deja arrastrar. Sin sus piernas se deja arrastrar.

JUAN: Al padre lo vamos a recuperar. Estamos armando la contraofensiva, revolución cristiana, brotando debajo de la tierra, uniéndonos, armando partido, ¡¡y el padre comandando a la cabeza!!

CLARA: ¿Comanda!! ¿Sin piernas!!?

JUAN: El padre Ramon se lo dijo clarito, vas a pagar con arrepentimiento la fuga, va a ¡¡ comandar el aquelarre patriótico!!,

AMANDA (*a los gritos*) Papi, la contra-ofensiva! ¡¡Papá, papá...mamá!!

Amanda sale.

JUAN: Dale Clara que no tenes nada que hacer vos acá. ¡Vine a rescatarte, carajo!

MISS FRANCES: Salga del aula.

JUAN: ¿A este rancho llaman aula gringa?

MISS FRANCES: Usted no entiende nada.

CLARA: ¡Te dije que no voy Juan!

JUAN: ¿Así que te hicieron creer que son libres? ...Decile que te muestre el contrato que firmaron... ¡Pupitres! Ni lápices les mandaron. Que te muestre cuánto vale su libertad, cuanto le pagan.

MISS FRANCES: Necesito urgente una reunión con el gobernador

JUAN: (*intentando tomar a Clara*) De acá salís conmigo. ¡Vamos!

CLARA: Te dije que no.

FRANCES: ¡Déjela!

Amanda entra seguida por Isidro

AMANDA: ¡Acá papito! ¡El traidor!!

ISIDRO: ¿Dónde anda el desagradecido?

JUAN: ¡Desagradecido!! Y que le tendría que agradecer, ¿a ver??... ¡Patria alambrada para ustedes solitos y nosotros al río, de carnada fresca nos quieren! ¡No! En la tierra de gusanos, de abono nos quieren. ¿Comercio? Si, para ustedes solitos ¡¡Desagradecidos!!! Dígale al que armó el palo de amasar que sin nosotros se los hubiera comido la negrura. ¡¡Zorro traidor!!

ISIDRO: Vengan amigos, hagamos entre todos una República pluralista, vamos, que los estamos esperando. ¡Arremánguese!

JUAN: No conozco camisa manga larga viejo.

ISIDRO: Deje de pelear, y súpese a la civilización.

JUAN: ¿Al palo de amasar llama civilización? Le voy avisando que nos estamos organizando. Que no van a poder sin nosotros, que van a tener que sentarse a negociar antes que les caiga la noche. ¡Con Cristo la avanzada!!

ISIDRO: Haberlo sabido... ¿Negocio quiere?

JUAN: Le vamos a caer con la trinidad encima., nos estamos organizando!! ... el padre de Clara al frente.

ISIDRO: ¿Arrastrado de avanzada!

CLARA. Padrino, ¡que es mi papi!!

JUAN: ¡¡Ahí lo tenes!! No te respeta nada.

Miss Mary entrando, la sigue doña Encarna, a ambas se las ve desencajadas.

MISS MARY: A don Mario muerto. ¡Es peste!

DOÑA: ¡Dios!... ¡Está corriendo la peste!

JUAN: ¿Ahora te acordas de Dios vieja? ¿Primero dan la espalda y después lo llamas a los gritos?

MISS FRANCES: ¡My God!!

AMANDA. No, veri god no Miss Frances, veri god noooo!!!

JUAN: Trajeron la peste de Buenos Aires, les abrieron las puertas y metieron al demonio en su casa. Ahora es tarde. ¡Se viene la Pascua! Todos a la calle levantando hogueras. Hay que quemar todito lo que envenena y extirparlo de raíz.

ISIDRO: Ojo amigo, no vaya a ser cosa que en medio de tanta fogata termine quemándose la lengua.

JUAN: ¡Se ríe de mí!?

CLARA: Basta Juan. Vamos. ¡¡Vamos Juan!!

JUAN: (volviéndose a Isidro) Respétame viejo porque me vas a necesitar

Clara sale arrastrando a Juan fuera del lugar.

AMANDA: ¡¡Clarita!! ¡¡La avanzada!! ¡¡Nosotras, la avanzada!!

DOÑA: ¡¡Idiota, que decís!! ¡¡Idiota, idiota!!

Doña Encarna saca a Amanda a los sopapos.

ESTAMPA CUARTA

CLARA: No te cuidas Juan, y yo no voy a estar siempre decírtelo.

JUAN. Vos no te cuidas, mira donde te metes. ¿Por qué lo haces?

CLARA Porque me sueño colgada del naranjo que está detrás de la casa. Me sueño quemada, prendida fuego... Y no me gusta lo que sueño. Pero no sé soñar otra cosa, quisiera soñar algo distinto, pero no lo sueño.

JUAN: Clarita yo también sueño, si supieras lo que sueño.

CLARA. ¿Qué soñas vos Juan?

JUAN: Te sueño doña, en casa grande, con muchos hijos nuestros, y muchas siervas haciendo solo tu voluntad. Te sueño... ¡si te vas y no escuchas!...

Clara sale corriendo.

ESCENA 9

Noche patio, la casa está rodeada de fogatas, hay cantos y procesión. Amanda está sentada en una sillita con la cabeza vendada, es asistida por Miss Mary. Dona Encarna casi desvanecida sobre un banco es asistida por Miss Frances y Don Isidro.

DOÑA: ¡¡Dios!!... Mi hija única ...

AMANDA: El fuego quema todo, quema.

MISS MARY: Sorbe de a poco la medicina, vamos...

AMANDA: Miss, peor es otra cosa, ¿no?

MISS MARY: ¡Claro que sí!

DOÑA: ¡Dios mío!

MISS FRANCES: Tranquilícese doña Encarna, por favor. ¡Tranquilícese!

DOÑA: Mi hija, ¡¡si no interviene la patrulla terminaban prendiéndole fuego!!

ISIDRO: ¡Cálmate mujer!!

MISS FRANCES: ¡¡Acá están las sales!! Vamos aspire. ¡Y tranquilícese por favor!

DOÑA: ¡Quieren verme enajenada! Dicen que ustedes vienen trayendo otra religión, que la peste se la debemos a ustedes, que las trajeron de los Buenos Aires... me vuelvo loca del todo.

AMANDA. Creí ver a las mellizas Alcaraz entre esa gente, que con carita de llanto me llamaban. Por eso me metí a rescatarlas; y en ese momento sentí un empujón, y esa bola de fuego anaranjada sobre la cabeza. ¡y me dejé llevar... si no me rescatan me dejo llevar miss!

DOÑA: ¡Apocalipsis verdadero!

AMANDA: Papi, dicen que soy hija del incesto, me tratan de tarada, de tarada genética.

DOÑA: ¡Quieren mi excomuni3n!!

ISIDRO: ¡Basta amor mío!!

DOÑA: Que vea el Beduino lo que estamos pasando. A ellos se le ocurrió hacer la revoluci3n educativa en tierra de salvajes.!! ¡¡Me cago en ellos!! Me lo van a pagar.
(*haciéndole frente a Isidro*) Isidro, ¡a pagar!

ISIDRO: Te estoy mirando amor mío, lo sé, lo sé...

MISS FRANCES: ¿Quién es Beduino?

AMANDA: El gobernador miss. ¡¡Estamos comandados por animales!! El único hombre, está con ustedes, ¡¡y está loco!!

MISS FRANCES: ¡¡Don Isidro esto no puede seguir así!! Llegamos a estas tierras para educar, nos prometieron tranquilidad, nos dijeron que vivían en armonía, dejamos nuestras casas diciendo que íbamos a tener buenos sueldos. Ayer fui hasta la gobernación a buscar

el sueldo de los meses que llevamos trabajados, solo cobramos dos, estamos así desde que llegamos, casi sin dinero...

ISIDRO: Mis Frances, mientras estén en nuestra casa nada les va a faltar, nosotros podemos adelantarle plata hasta que llegue.

MISS FRANCES. Doña Encarna nos adelantó algo, pero no se trata de eso...nos dijeron que íbamos a tener lo que necesitábamos y esto es una guerra entre hermanos, no se sabe quién está de un lado y quién de otro.

ISIDRO: Al otro lado solo los bárbaros Miss.

MISS MARY. ¡¡No se hace escuela así... creen que vinimos a baldear su creencia!!

DOÑA: ¡¿Qué?

ISIDRO: Nosotros somos un gobierno abierto, toda la superchería háblela con la iglesia.

MISS FRANCES: Se los diría si me dejaran, les diría que vinimos a educar, que no van a perderlo todo, al contrario...

ISIDRO: ¿Perder ellos? Acá tiene a los que sembramos largo y ancho...fuimos a la guerra, un ejército de mutilados y con todo nos pusimos la patria al hombro. La Patria al hombro, ¡carajo!

AMANDA: Suéltela papi... mire como lo está dejando.

DOÑA: ¡¡Nos estamos volviendo locos todos!!

MISS MARY: Shut up Amanda!! Shut up!...

ISIDRO: ...Buscamos refugio en la razón, ustedes nos traen el saber y ahora dicen que no se puede, que es inútil.

MISS FRANCES: ¡¡No vamos a prestarnos más a esto!! Necesito hablar con el gobernador.

AMANDA: ¿Palabras al Beduino?

DOÑA: Lo mejor es que se vuelvan a Buenos Aires, que hablen con el Loco, que las destine a otro lugar.

ISIDRO. ¡¡Estas colifa del todo!!

DOÑA. ¡¡Sí!! ¡Colifa! ¡Del todo!

ISIDRO: ¡¡Entonces te mando a tomar ventolina fresca y se terminó!!

MISS FRANCES. Por favor, así no, delante nuestro, ¡¡así no!!

DOÑA: ¡Fuyir! ¡Quiero fuyir!

AMANDA. ¡¡Yo también mami!! Vamos a tomar ventolina a descansar a otro lado con las miss. Me quiero ir de acá, me quema todo, me quedo sin aire.

.

MISS FRANCES: Por favor, don Isidro.

ISIDRO: Tenemos los comicios encima. No vamos a saltar a los botes porque un par de ignorantes levanta olas de superchería.

MISS FRANCES: Pero no es un par, está el obispo. ¿Usted vio lo que escribieron en las paredes? Creen que somos el demonio. ¡Estamos rodeados de fogatas!

DOÑA: ... las paredes de mi casa escritas como si aquí viviera Satanás, ¡¡me voy a suicidar!!

ISIDRO: ¡Nadie salta al bote!!

DOÑA: ¡¡¡Termínala, hace rato que estamos en el bote y nunca llegamos a puerto!!!
¡Quiero una casa bendita!... Voy a salir, voy a salir yo ...

ISIDRO: ¡¡Basta!! De acá no sale nadie, carajo

DOÑA: ¡De prepo voy a ir! ¡¡Si!! De prepo

Doña Encarna intenta salir, Isidro la detiene, Amanda empuja a su madre hacia afuera casi de los pelos. Miss Mary intenta detener a Amanda que parece poseída.

MISS MARY : What's happening here?! Are you crazy!!Are you insane?

AMANDA: Al bote maaaa... la ventolina, al bote mamáaaa , al bote...

MISS MARY: Stop it, now!! Amanda!! Amanda!! Finish it

Miss Mary logra separa a Amanda, todos quedan paralizados ante el brazo suspendido de Miss Mary a punto de caer en un golpe sobre Amanda.

AMANDA: ¿Me va a pegar Miss?

MISS MARY: No, no... my God, my God !!

MISS FRANCES: ¡¡Mary!!!

Miss Mary sale corriendo, Amanda sale detrás.

AMANDA: No se avergüence Miss Mary, no se avergüence, es locura contagiosa...La quiero igual Miss Mary, la quiero igual.

MISS FRANCES: ¡¡Esto no puede seguir así!!

DOÑA: Se la hubiera dado, esa chica necesita una buena cachetada, está cada vez más tarada.

MISS FRANCES: Amanda es una niña sensible. Necesita que se la escuche

DOÑA: ¿A Amanda?!!

ISIDRO: Voy a hablar con el Beduino.

MISS FRANCES: ¡No!! Afuera está peligroso don Isidro.

ISIDRO: Esta la patrulla, voy a salir.

DOÑA: De mal en peor

Isidro sale.

MISS FRANCES. (*Pausa*) Doña Encarna, esto se soluciona si se habla con el obispo y llegamos a un acuerdo

DOÑA. Hay que hablar, explicarle que acá no hay demonios.

MISS FRANCES: Lléveme usted, pidamos una cita con él.

DOÑA: ¿Qué?

MISS FRANCES. Que me lleve, yo voy a hablar. Vamos las dos, ¡¡acompañeme doña Encarna!!

DOÑA. ¿Usted y yo?

MISS FRANCES: La única posibilidad es que nos escuche a nosotras, hacerlo entrar en razón.

DOÑA: ¿Al obispo? ¡¡Si, que vea como estoy!! Que vea como estoy quedando piel y hueso, pelada por los nervios. *(Pausa)* Tal vez quiera plata.

MISS FRANCES: ¿El obispo?

Entra Amanda agitada

AMANDA: ¡Tiran piedras!! ¡¡Están rompiendo las ventanas!!

DOÑA. ¡Cristo crucificado!! ¡Vienen por mí! Vienen por mi...

Las mujeres salen

ESTAMPA QUINTA

Tarde patio. Amanda lleva el cabello cortado, y canta mientras se abanica como si fuera una prima donna. Se siente un chistido que Amanda no llega a escuchar, el chistido es más fuerte, llega Clara.

CLARA: Amanda, ¡Amanda!!

AMANDA: ¡Clarita!! ¡La Trinidad está ganando la batalla!! Nos queda la lírica.

CLARA. Entonces es verdad lo que contó Juan... que te hicieron... ¿Qué pasó con tu pelo?

AMANDA: Me quemaron Clarita, y casi me dejo llevar por el humo. Hay cosas peores...

CLARA: Si, que hay cosas peores. ¿Leíste mi nota?

AMANDA. ¡Ah! Si, ¿decía?

CLARA: Casi no hay gente en las calles. Están todos en casa del gobernador. ¿Dónde están las Miss? Llévame, tengo que hablar con ellas.

AMANDA: ¿Y conmigo? ¿Conmigo no? Clarita, nosotras juntas, ¡la avanzada!!

CLARA: ¡Shhh!... ¡¡ Llévame!!

Amanda asiente y las dos corren a interiores.

ESCENA 10

Día Patio, Doña Encarna y Isidro.

ISIDRO: ¡Tragedia política!! En medio de los comicios fueron a arrodillarse frente al obispo. La razón tirada a la basura.

DOÑA: ¡A este desastre llamas política!! Dejate de hacer el iluminado que a vos no te da ni para conductor de sulky.

ISIDRO: ¡Hablá! Decí qué mierda prometieron.

DOÑA: Nada.

ISIDRO: ¡Hablá carajo! Que hay que desarmar este entuerto.

DOÑA: ¿Qué entuerto?

ISIDRO: Ya se sabe en los Buenos Aires. El Zorro anda como loco. Declararon al prelado persona no grata. ¡Chau Vaticano! ¡Chau Papa para siempre!... ¿De qué te reís??

DOÑA: ¿Nosotras desatando tragedia Nacional? No me hagas reír que anoche de tanto masticar pesadilla perdí dos dientes.

Entra Miss Frances

MISS FRANCES.: ¿Qué se sabe? ¿Aceptaron?

DOÑA: El pelado nos mandó al frente.

MISS FRANCES: ¿Quién?

DOÑA: El pelado, el que estaba al lado del obispo, ese nos mandó al frente.

ISIDRO: ¿Qué pelado?! ¡¡El prelado!! ¡¡El prelado papal, el que vino en representación del Papa!! (A Frances) Diga qué acordó.

MISS FRANCES: Le dije que vamos a permitir su entrada. Que van a tener las puertas abiertas.

ISIDRO: ¡Abiertas! ¿A qué!!

FRANCES: Pidieron ensayar en el patio con un grupo de niñas cristianas. Si el párroco entra con las niñas las familias las van a dejar venir. Necesitamos que vean el trabajo que hacemos para cobrar nuestros sueldos. ¡¡No es nuestra culpa si los alumnos no llegan, estamos haciendo lo posible, todo lo posible!!

Entra Miss Mary, se la ve consternada.

MISS MARY: ¡¡Telégrafo para nosotras, de Buenos Aires!!

DOÑA: ¿Telégrafo?!!

ISIDRO: ¡Vea usted hasta donde llegaron!

MISS MARY: Cometimos error

MISS FRANCES: ¿Error? ¿Nosotras?

ISIDRO: ¡Hay que parar la avanzada!!!

Miss Frances lee, no puede salir de su asombro.

MISS FRANCES: ¡¡Injusto!! ¡Todo esto es injusto!! Ahora todo recae sobre nosotras que vinimos a dar lo mejor. ¿A cambio de qué? De maltrato. De falta de pago. De miseria. Si, porque estamos casi en la miseria, pidiendo dinero prestado...

DOÑA: ¡Ah!! Es injusta Miss Frances. En mi casa no está pasando ninguna miseria. Las atendimos desde un primer momento lo mejor que pudimos.

MISS FRANCES: ¡No alcanza!

Se la escucha cantar a Amanda.

DOÑA: ¿No diga?? Háblelo con el Loco si no le alcanza... ¿Qué esperaba?!! ¿Qué pretendían? ¡Que baldearan el infierno mismo para ustedes?

MISS FRANCES: Todo un engaño. Dicen ser cristianos y no es verdad. Tampoco usted doña Encarna es cristiana.

DOÑA: ¿Ahora me vas a dar clase de religión? ¡Justamente usted que no tienen ninguna!!

MISS FRANCE: ¿Qué dice? Oh, my God, my God.

Crece el canto de Amanda.

DOÑA: Gud, si gud, veri gud!!! ¡Señoritas maestras... lirica, pura lirica! Amanda!!
Amanda; ¡¡Callate estúpida!!

MISS FRANCES: Esto no es culpa nuestra. Esos hombres no están dispuestos a escuchar nada. Traen mujeres para educar, se llenan la boca. ¿Y ahora? Hicimos lo que nos pidieron. Y estamos siendo utilizadas. ¡Nosotras lo sabemos!

MISS MARY: Shut up Frances!! Shut up!

Mary llevandose casi a la fuerza a miss a Frances, salen.

DOÑA: Desagradecidas.

ISIDRO: ¡¡A la puerta de los comicios, y perderlo todo!!

Isidro sale urgido

DOÑA: A la puerta del precipicio estamos... ¡Fuma habanos! Soñá vacas. Epifanía de infeliz.

ESTAMPA SEXTA

Noche patio, Doña Encarna con los ojos cubiertos por un paño para refrescarlos, se hamaca en la mecedora mientras se abanica. Llega Juan

JUAN: Mandaron a llamar.

DOÑA: Adentro, lo esperan.

JUAN: ¿Quién espera?

DOÑA: Asómese.

JUAN: *(Pausa)* Lo que tengamos que arreglar lo quiero por escrito. Hago trato si lo ponen en escrito.

DOÑA: Vaya.

JUAN: Yo avisé.... (*sonríe*) ...solos no iban a poder!!

Juan se dirige a interiores.

REMEDIOS:, UNA MUJER SIN PATRIA.

REMEDIOS: de Escalada, en su habitación, frente al fantasma de su madre, se prepara para

dejar Cuyo en mayo de 1819. Sera la última vez que verá a su esposo, el general San Martin; viajará muy enferma, en un carro detrás de su coche, irá llevando su ataúd.

Noche, habitación. Cuyo 1819.

REMEDIOS: : Ponga algo de luz y no se espanten. Soy yo madre. Todavía respiro, aunque no parezca todavía respiro. ¿Qué sería de mí si usted no corriera en mi ayuda? No se espante madre... nadie vendrá por mí. Por eso debo juntar sola mis pertenencias. Vaya a saber que me tiene tan estúpida. ¿Será el opio o ese otro brebaje que dejó el médico para calmar los dolores y que según él en los peores transes me será de ayuda? En unas horas me subirán a un carro y partiré para los Buenos Aires, el General se queda acá. Me estoy yendo para no volver y en mi cabeza no puedo saber qué es lo que debo llevarme. Menos mal que llegó usted para auxiliarme. Si pone un poco de luz sabría dónde está lo mío.

Ah!!... de la Pancha, esa negra que envió para servirme, no se puede esperar nada. Ahora también ella finge enemistad y me da la espalda. Solo dos cosas pedí antes de irme, un poco de luz y un confesor. Las dos cosas me negaron. El único curita que teníamos se fue para el campamento a servir de alivio a los soldados que van muriendo. Y la luz dicen que llegará con el día, pero para ese momento me subirán al carro y ya no tendré tiempo de buscar lo que quiero. Vaya y dígale a la negra traicionera que ya no necesito confesor. ¡Qué estúpido papel hacemos confesándonos frente a esos hombres! Sabe, en este infierno cuyano encontré a mi Dios, el verdadero, que nada tiene que ver con ese otro embustero al que le rezábamos. ¿Por qué me mira así? ¿Acaso no me cree? ¿Acaso no cree que haya un Dios embustero? Ya lo va a ver, acá al lado mío, quédese quietita a mi lado y en un rato se nos hará presente. !! ¿De qué se espanta madre?! Nada queda de la niña que en los días de pascua partía de su casa en un coche tirado por cuatro caballos mientras un grupo de negros me venían detrás. Era de Dios, me iba escoltada por un Cristo y unos cuantos santitos segundones. Ellos con mejor destino que el mío fueron a parar a los patios de la iglesia de La Piedad, en cambio a mí me esperaba un largo viaje al infierno, acunada en un sueño de polvareda hasta llegar a Cuyo. ¿Quién va? ¿Quién es esa que lleva por escolta al Cristo? Es REMEDIOS: de Escalada que va a en busca de su General. El General!... al que su compadre le prometió el dinero para soñar la Patria Grande.

¿Qué es lo que busca ahora? ¡Nooo! No va a encontrar mis prendas finas, ya sabrá que se hicieron de eso vestidos que mandó a bordar. No busque más, solo llegué cargando lo que mi padre había mandado para alimentar a la tropa. ¿Para qué manda tanto? Para que vean que aquí también estamos pensando en la patria. Hizo bien en mandarlo porque ese otro carro que su compadre nos había prometido nunca llegó.

Como me gustaría haber nacido patria. Mi hombre alzado celándome, buscando un tiempo y un lugar para la conquista. Madre mía, ¿en que pensábamos usted y yo mientras ellos pensaban la patria? Sabe, usted tiene razón, el demonio siempre está presente en el lugar menos esperado. El día de mi boda, el otro, el que se decía su amigo me atravesaba con la mirada mientras yo, REMEDIOS: de Escalada, me casaba con el General, con las milicias y con la patria. Una niña de catorce años, que jugando a ser mujer iba camino a pagar las consecuencias. El demonio siempre está presente en el lugar menos esperado y no es de

apariencia temible, todo lo contrario, invita a arrimarse y hasta que no la tiene a una encima, deseosa y jadeante no para su apuesta. Arrímese madre, ponga algo de luz y escuche porque no voy a volver a repetirlo... El General me encontró para horror suyo y vergüenza mía como no debió encontrarme nunca, ahí mismo se acabaron las palabras, si, se acabó lo que se daba. Él había sabido advertirme, la noche de bodas, en la penumbra del cuarto, a la luz del fuego que él mismo había encendido para hacer de nuestro encuentro una comunión; mientras me sacaba las enagua de encaje bordadas, mirándome a los ojos me dijo: Necesito que sepa que a partir de ahora usted y yo, somos mucho más que usted y yo... Que entre nosotros dos anida un sueño grande y usted va a saber acompañarme. Quise decirle: Va a ser así Pepe... Pero él cubrió mi boca como para que no me adelantara en falsa promesa. ¡Escuche! dijo. ¡Escuche! A partir de ahora hay tres cosas que va a deberme siempre: austeridad, fidelidad, y sinceridad. Firmé mi promesa con un beso mientras él, mi hombre, me desnudaba y echaba todas mis ropas bordadas de encaje al fuego. Austera supe serlo... lo otro se lo voy debiendo.

No se muerda los puños madre mía y mire donde vine a parar después tanto santito segundón y tanta escolta... Vine a parar a palacio vacío, casa del gobernador, salita, patios y unos cuantos cuartos muertos de frío. Ahhhh... el dinero que su compadre le había prometido al General que llegaría desde los Buenos Aires para ganar batallas y armar la Patria Grande nunca llegó y en este Cuyo todo languidecía. El General me dio la orden de abrir la casa, era menester suyo buscar fondos y el mío improvisar compañía. Empecé a ensayar junto al él mi papel de doña, tanto jugué a serlo que al tiempo supe llevar en mi vientre un hijo. Yo sonreía y ponía cara de acontecida. Yo sonreía porque mi sombra andaba por los rincones tirándose de los pelos, ahogando gritos y ensayando muertes; y en las noches, cuando más pegadita a mí que nunca estaba me preguntaba ¿qué se hace sola y con un hijo? ¿Qué se hace con un hijo que no es muñeca? ¿Cómo haremos ahora para irnos lejos, muy lejos solas vos y yo? Eso era por las noches, porque durante el día salía a recibir a las doñas con brazos abiertos, mientras mi sombra quedaba llorando.

¡No revuelva usted más nada madre!... Si me dejo llevar por el aroma del opio veo con claridad pasmosa, uno a uno frente a mí, los momentos vividos en esta casa.

Ahora nomás salgo con el personaje de doña a hacer mi papel. Doy órdenes de poner sillas en el patio y servir pasteles. ¿Y el General? Preguntan las doñas en un coro de cacatúas. Bien, gracias, contesto con ademanes ensayados pero no aprendido y como la palabra no condice con el gesto - porque mientras intento una estúpida sonrisa mi cuerpo cae como una bolsa de gatos muertos sobre la silla - a las cacatúas se les escapa la risa. Me enseñan a hacer bordados, intento punto cruz y pienso en mi calvario, intento punto arroz y pienso en usted madre, en el patio de la casa y los juegos perdidos. Para matar el tiempo hablamos de cosas que no sabemos, pero igual hablamos para pasar el tiempo, las campanas de la iglesia marcan con sopor su paso; el mismo sopor que me da la cháchara de ellas, pura cháchara sus palabras. Hablamos de los hombres y la libertad que están por conquistar. “Libertad pensada a la medida de ellos”, grita desde adentro mi sombra enloquecida. Yo suelto una carcajada buscando tapar la voz de mi sombra enloquecida. Bajo orden del General propongo bordar bandera. Sacan hilos de colores y empiezan a tomar medidas. La bandera debería ser más larga y más ancha, pero tenemos poca tela. ¡¡Salgan a buscar! grita otra vez mi sombra enloquecida. ¡¿A buscar?!! Repiten a coro que mejor no, que con lo que tenemos alcanza, que no es cuestión de ostentar y que ostentar es pecado. *Miro el retazo de tela que será bandera a bordar y se me hace que para tanta libertad nos quedará chica.* Bajamos las miradas y en silencio seguimos bordando. Antes que comience a caer el sol recogen rápido sus hilos, los vuelven sobre el carretel con sus últimas palabras, el borde de sus polleras pasa barriendo las frases de despedidas y se van prontas a sus casas. Se van dando la vuelta pegaditas al paredón de la casa del gobernador, van hablando de la mujer del General sin ver que las ventanas están abiertas. Mi sombra que camina por entre los cuartos en penumbras va siguiendo el recorrido de sus pasos y su conversa, y escucha: “Que tengo poca palabra... porque me falta... porque no tengo... que me queda grande, más grande que mar grande ser mujer de gobernador.

Igual madre como las cacatúas solo sirven para la bulla seguí juntándome por las tardes, ellas fingiendo amistad y yo ensayando punto cruz. Una tarde bajo mi silla se hizo un charquito, miro sin entender, mi vientre que se pone duro, el charco crece como queriendo hacerse laguna. Las doñas gritan y dan órdenes, los sirvientes corren a asistirme. Me acuestan sobre una cama, preparan sabanas y calientan agua. ¡¡Yo que me salgo de mí y grito llamándola a usted madre mía... grito llamándola y usted tan lejos!! Grito que no

quiero, grito que me muero, grito pidiendo al General, grito que lo busquen, grito que me ayuden. Grito y entre gritos llega ese otro grito, que no es mío, un grito que es de ella, el llanto de mi hija. Y no muero, solo sueño acunada por mi sombra y un canto.

Las cuerdas de una guitarra me acunan con una canción vieja. Afino el oído y reconozco la voz triste, de una tristeza que nunca se sabrá bien de donde le llega. En el patio, canta mi General y un grupo de paisanos lo aplauden. El General está ahora con nosotras, se sienta a los pies de mi cama con la niña en brazos, me besa las manos y la frente, me besa como si fuera santa. Mi sombra desde un rincón mira con espanto. ¿Por qué me besa como si fuere Santa? ¿Por qué no me come a besos? ¿Por qué no lame mis pechos? ¿Por qué llega tan satisfecho? Una negrita se asoma, no la conozco, la trajo el General para prestar ayuda. Igualito que ahora llega usted madre, usted y sus palabras que saben a boca avinagrada diciendo: que no es hombre para mí, que ese hombre esconde algo, que tiene un sueño que más que sueño es pesadilla, que me arrastra hacia la desgracia. Me empujan sus palabras, tomo coraje, grito por primera vez diciéndole: que sobran los negros sirviendo en una casa vacía, que me sobran ellos y me falta él, que me falta mucho, que me fala tanto, me cuelgo de su cuello, lo beso y lo vuelvo a besar. Y él me sienta en su regazo, besa mi frente, me arropa, me siento niña, me siento santa, y mientras voy quedándome dormida me deja claro que no ahora, pero que se irá. Me dejo acunar, el General habla de enemigos y de traiciones, que no hay buenos aires en los Buenos Aires, que aquello es una cueva de ratas tramando complicidades y fabulando pleitos entre hermanos, mientras sus hombres mueren de frío y hambre. Diagrama un cruce peligroso. Cruce libertario. Escucho una vez más un sueño que me queda grande, su eterna musiquita y sé que se irá. Mientras voy cayendo en un sueño profundo aparece el demonio, con su cuerpo joven y sus ojos color cielo y como en mi sueño nuestro encuentro es una fiesta cuando amanece no quiero despertar para no perderlo.

Madre, ponga algo de luz en esta ventana y mire, aquella que en nada se me parece y corre en el patio es mi niña... mientras el General cruzaba un desierto helado, muerto de frío y hambruna y así iba construyéndose la libertad soñada, ella y yo crecíamos.

Suena candombe en el patio y se arma fiesta libertaria. Regresa mi General triunfante. Busco, y de tanto buscar solo encuentro este vestido de doña, el que llevo puesto y que por

gastado y descolorido tiene más de mortaja que de otra cosa. Encuentro en el fondo de una caja un poco de carmesí, y como espejo no hay, porque en conventos y en casa de milicias nunca se encontrara arma vanidosa, ensayo a tientas dándome algo de color, algo, no vaya a ser que espanten.

Con la niña en brazos llego a fiesta libertaria. Soy una más en medio de la peonada. El vino va y viene. Atravieso el patio en medio de los gritos, el baile y el candombe. Y no va madre, que en plena fiesta vino llegando el demonio. Si, madre, lo que escuchó... en medio de toda esa gente que me importaba nada me encuentro con esos ojos azules color bandera. Y si la bandera me quedó chica, a mí los ojos de ese otro se me hacían profundos, inagotables, todo deseo. El demonio que vino llegando desde los Buenos Aires, no trajo el dinero prometido, pero supo traer otras promesas. Le entrego la niña a la Pancha y me sumo al baile. El demonio se arrima y me toma de la cintura, me pego para que meta la mano con ganas y me sepa suya. Bailamos en medio de la peonada. Es noche de fiesta. El General agarra la guitarra y canta para todos una canción triste. Acerco mi boca al demonio para decir al oído: ¡No se pierda! Y él contestó: Cómo voy a perderme si vine por usted.

Hay madrecita mía, que será lo que me tiene así de idiota, ¿será la calentura que no cede o será el opio? Perdí la cuenta, ya no sé cuántos días pasaron desde que el General me dejó en este rincón castigada... ¿Escucha?... ¡Escuche! Están llegando los carros, en un rato, abrirán la puerta y me vendrán a buscar. Escuché decir que un carro vendrá detrás, esta vez no llevará provisiones, se dice que me harán de escolta para impedir el cruce de montoneras por el camino. La Pancha dice que el General presiente mi muerte y no quiere enterrarme en Cuyo. Dice que como mi muerte vino sembrada desde los Buenos Aires prefiere que sea allá donde se me entierre. Yo siempre supe cargar con una salud frágil, pero escupir sangre fue algo que aprendí junto al General, compartiendo sabanas y besos. Eso él y yo lo sabemos, aunque se diga otra cosa. Mi cuerpo levanta temperatura, se moja de un sudor frío y tengo horrible visiones. Ahorita mismo estoy viendo al General, pero no es una visión, veo su sombra detrás de ese vidrio empañado, veo su espalda vencida, su cabeza gacha y sigo sus movimientos lentos, no lo escucho respirar pero sé que su respiración es corta. Ahora mi General es distinto al hombre que conocí, este hombre nuevo y vencido es así desde aquella tarde en que una serpiente puso un rumor como veneno en su oído.

Busque agua madre y mójeme la espalda... tengo la cabeza atenazada y mi boca es fuego...Sabe, después del encuentro con aquel otro, en aquella fiesta, empezamos a vernos casi a diario. Tan lejos mi General y el demonio tan cerca que se me hacía que no había manera de quitarme su olor, tenía su sudor impregnado, por más que me frotara seguía oliendo a él y para sorpresa encontré marcas en mi cuerpo: tobillos, pantorrillas, muslos, cuello, toda marcada por el deseo salvaje de ese otro hombre. Esa tarde estaba en la tina lavándome. Al General no lo sentó entrar, su figura de aparecido me asustó, su espalda vencida no se asemejaba en nada a aquel otro hombre con el que tiempo atrás me había unido en matrimonio en el altar de la iglesia de La Merced. Me cubrí rápida ante el General vencido en batalla oculta y tramposa; y él sin moverse dijo:

- ¿Qué la asusta tanto, acaso no me reconoce?

- ¿Por qué entra como un ladrón y no como marido?

- Eso es lo que se anda diciendo en los Buenos Aires, se me nombra como ladrón y traidor. Y se cuenta que los que se decían amigos se esconden y rondan mi casa, pero al parecer no es a mí a quien buscan. ¿Qué batalla estarán planeando a mis espaldas?

-Yo no sé nada de batallas José.

- No crea, si hablamos de batalla y de conquista primero es tema de hembras y luego, muy luego, tema de hombres.

- No sé de qué habla.

- Hágase la idiota que le sale lindo.

Tan entreverada andaba que el General se me hacía un extraño, esa fue la primera vez que lo sentí, pero la otra, la peor de todas las veces, estaba por venir. Lo vi salir del cuarto. Sequé mi cuerpo a los golpes, dándome fuerte con la toalla para despertarme, sacarme de encima tanto susto y tanto espanto de crearme descubierta. Busqué mi ropa de señora sencilla, un vestido de tela gastada con botones que aprisionaban mi pecho y mi cuello hasta dejarme sin aliento, recogí mis cabellos con fuerza para amordazar hasta el último pensamiento escandaloso que me perseguía y salí a cumplir haciendo un personaje que me

chingaba por todos lados. Salí al patio a dar órdenes como mujer de general, dispuse rápida con una voz de mando que a todos les daba gracia, poner mesa, comida, arrimar sillas para caldito y peinar a la niña para el mejor retrato familiar. En la cocina quedaron mirándome. Y ahí nomás saltó la negrita mezquina diciendo: “¿Acaso no se le dijo doña? Hay que ir cargando todito lo suyo para partir a los burros aires” dijo para risa de todos en confusión planeada. La negrita lo dijo mirándome de frente. ¿Qué le hacía tanta gracia? Saber que existe el dolor propio y el ajeno, y que al ajeno lo tenía frente a ella confirmándole que la vida algo tenía de justa. La negrita no tenía mi edad ni la de la Pancha, estaba a mitad de camino entre las dos, era la misma que me había metido en la casa el General. Esa negrita empezó a reír a mis espaldas cuando me descubrió haciendo un papel que no me cabía. En la cocina, cada tanto, frente a los otros me imitaba, hacía mis gestos y mi tonadita. Una vez más me miraba burlona buscando la complicidad de aquellos. Pero esta vez no lo iba a conseguir, le clavé honda la mirada y le dije que podían avisarle al General que yo no iba a dejar la casa del gobernador, que con mi hija íbamos a quedarnos en el lugar que nos correspondía, así que no se tomara la molestia de mandar carros, porque así como llegaran iban a tener que volver. Corro al campamento a avisar, dijo la negrita mezquina. La voz de la Pancha se alzó más fuerte diciendo: ¡La quiero de vuelta antes de que sea noche! La negrita buscó con pasos rápidos la calle y la voz de Pancha se multiplicó en el eco: “Antes de que sea noche...” Miré a la Pancha descubriendo que otro triangulo se armaba a mis espaldas, uno me era conocido: el General, el demonio y yo. Pero al parecer había otro que no había vislumbrado todavía. Esa noche la negrita no regresó, tampoco la siguiente, ni la otra, había decidido quedarse en el campamento. Ella también anda alzada por la independencia, ella también quiere Patria, los escuchaba decir a los criados a mis espaldas. Y si es para morir de risa madre, porque al fin de cuentas resultó ser que para el General la traidora fui yo... yo que le había jurado. Sabe, ahora que se lo digo no recuerdo haberlo visto al hombre jurarme nada. Pero... ¿Ante quien juramos nosotras? ¿Quiénes son esos hombres a los que le juramos? ¿Quiénes son ellos madre?

Ahora también yo libro mi independencia. Hago por primera vez cumplir mi palabra, me quedo en palacio vacío, casa del gobernador y por las tardes... solo Dios sabe lo feliz que soy por las tardes. Caminando junto a mi sombra las calles de tierra solitarias en horas de

sueño salgo a buscar hilos de colores para bordar lo mío, camino hasta desviar el camino y tomar por aquel otro de calle angosta y arbolada.

Casa perdida en medio de la nada, me espera el demonio. Sus manos y su aliento me empujan hacia el fondo. A tuestas, entre risas y ahogos, de pie y contra un rincón vamos encontrándonos por debajo de nuestras ropas; los lazos caen en tierra, mientras un perro escuálido desde un rincón aúlla testigo de esta locura. Yo, mujer jadeante en sus brazos, gozosa, toda fiesta y desenfreno.

Y así madre, como en los tiempos de uvas frescas en el patio de la casa grande, con esa misma alegría empezaron a pasar para mí los meses. Yo bordando con hilos de colores, saliendo a la hora que me venía en gana y los criados mirándome de reojo. ¿De dónde le sale tanta felicidad escondida? ¿Dónde ensaya papel nuevo de doña? Y ya no me miraban burlones sino con desconfianza. Todito a mis espaldas mientras quedaba la casa vacía. Solo la voz de una niña se escuchaba jugar en los patios. Esa niña era mi hija, y yo madre no venía a enseñarle nada porque estaba aprendiéndolo todo. Cuando el sol caía regresaba junto a mi sombra a casa del gobernador. Mi sombra y yo nos reíamos juntas, ella decía cositas a mi oído y mis pasos ya no retumban solos, yo era quien les daba la orden de pisar fuerte. Yo, mi sombra y mis pasos todo uno, todo lo mismo, yendo para el mismo lado.

La puerta de la casa se abre, asómese madre, estamos de fiesta, la niña cumple dos años y se improvisamos fiesta en el patio. Llegan las cacatúas invitadas. ¿Y el General? Pregunta como al pasar a coro. Bien, gracias, contesto burlona ante las miradas socarronas. Y segura de mí comí solo lo que me venía en gana, elegí manzanas y separe nueces, elegí higos frescos y rechacé chocolate caliente. Así fue, a partir de ese día, menos chocolate y más manzanas, menos tecito por las noches y un poco más de higos. Andaba de antojadiza y mareada hasta que una tarde miro a la niña jugar y correr por los patios. ¿A qué juega la niña? La niña juega a ser mamá, acuna un trapito hecho niño en los brazos y mientras lo hace, me sostiene la mirada; le sonrío, ella no, pone el niño hecho de trapo en mí bajo vientre. Y esta vez soy yo la que se pregunta. ¡¿Y el General?! Me pongo a contar su ausencia, cuantos días y cuantas noches hace que falta de mi cama; cuento una vez, cuento dos, cuento tres y las cuentas no dan. Está claro, más claro que agua clara que sola no voy a

poder. Tomo tinta y papel y me dispongo a anunciarle al demonio lo acontecido, ya es tarde, va en camino de regreso a los Buenos Aires. Le pido ayuda a la Pancha, es la única en quien confío. Entre las dos tramamos un paisaje peligroso.

Cae la noche, es la hora de la lechuza y ella detrás de la ventana me mira con desconfianza. Llega la visita del demonio, pero no el que me quiere gozosas y pura fiesta, no, este me asalta a traición en mi sueño, me ensarta una lanza en el pescuezo hasta dejarme sin respiración. Despierto y grito llamando a la Pancha, empiezo a sudar frio, llega para sostenerme, y como si la desgracia fuera poca empiezo a escupir y mi boca sabe a sangre. Noches horribles, noches de demonio, solo quiero que amanezca.

Ya no salgo por las tardes, solo espero que llegue la Pancha con la receta mágica. Mientras espero, entre sueños el demonio viene a visitarme, ya no lo hace solo por las noches, ahora también en este duermevela que tengo, siento su lanza una y otra vez sobre mi cuerpo.

Por fin llega la Pancha con la receta mágica, y pocos días después también llega el General. Su ejército aguarda en un compás de espera. Yo sangraba en el cuarto, un médico me asistía, y la Pancha cambiaba la ropa de dormir por otra limpia.

LAS COSTURERAS

Personajes:

AZUCENA:

BLANQUITA:

REMEDIOS:

ALBERTITO:

Escena I

Buenos Aires, febrero del 46

*Sótano de una gran casona, sala de costura, desde las ventanas altas que dan a la calle se filtra los rayos de sol. De fondo una radio encendida con el radio teatro “Mamarrachito mio”. Telas blancas en el suelo, dos maniquís con vestidos de temporada. Dos maquinas de coser y una mesa de madera ancha de molderia. Tabla de planchar a un costado Al fondo una escalera que da al piso alto. REMEDIOS y AZUCENA, ambas jóvenes, la primera lánguida y coja, viste sencilla; la otra con hermosos cabellos rubios ondulados que con su aire intenta imitar a las actrices de Hollywood. Las dos **llevan** delantales de trabajo. REMEDIOS: lee una revista de moda mientras AZUCENA: escucha el radio teatro con su oreja casi pegada a la radio.*

REMEDIOS:: (*lee*) Forrar el cuello con un retazo de percalina, adhiriéndolo de modo firme con plancha caliente. Luego pegue los canutillos siguiendo la marca del bordado y por ultimo realice las terminaciones con hilván francés... ¿qué es el hilván francés?

AZUCENA:: Como el que hicimos en la blusa, pero con la puntada más chiquita... y con otro hilo....

REMEDIOS:: ¿Qué hilo?

AZUCENA: Con un hilo de seda, para hacerlo invisible...

REMEDIOS:: Como la tía del señor Paquito.

AZUCENA:: Si, como a la tía del señor Paquito

REMEDIOS:: Lo digo porque el nuevo amiguito paquetudo del señor Paquito dicen que anda por acá y aunque nosotras no lo vemos, él la ve... Por eso se me hace que igual tendría que ser con el hilván francés... ¿Me escuchas Azucena?

AZUCENA: No porque me hace mal estar con la cabeza en dos cosas a la vez.

REMEDIOS: En cambio, yo... miro una cosa y pienso otra. Agarro esto y estoy pensando en aquello... por eso no serví en la escuela y las monjitas le dijeron a mi papá que no perdiera el tiempo conmigo... que lo mejor que podían hacer era enseñarme a coser... además las monjitas se dieron cuenta que mientras estaba cocinando no me daban los desmayos... Me dan cuando me pongo nerviosa, sino no me dan... (Pausa) Mira qué lindo este otro dibujo del señor Paquito... lo que más me gusta es la pollera llena de tablitas... lindo porque cuando una baila se mueve haciendo campana... Pero decime, ¿ahora que la Duarte ya es la mujer del presidente no va a quedar mal que use pollera con tablitas?...

AZUCENA: ¿Cómo sabes que ella el vestido lo quiere para bailar?...

REMEDIOS: ¿Y para qué eligió este de tablitas? (Pausa) ... Este me gusta para vos Azucena. Si tenemos algún retazo que sobre por ahí podemos hacerte una pollera como las que usa la Zuly Moreno... ¿La viste a la Zuly Moreno en esta revista?

AZUCENA: ¡No!

REMEDIOS: Le podrías pedir al señor Paquito que algún día te la presente, porque si quieres ser artista es bueno estar cerca de ellos... empezar a codearte.... ¿O no?

AZUCENA: La Duarte ya no va a ser más artista.

REMEDIOS: Ahora no porque tiene que hacer de primera dama... que es lo mismo que no hacer nada...solo pasársela de fiesta en fiesta, de foto en foto... de coctel en coctel. ¿Sabrá hacerlo?... ¿Eh? El señor Paquito dice que tiene el gusto viciado...por eso las cogotudas no la quieren... y además dicen que ahora que es la mujer del presidente se va a dedicar a sacarle toda la plata y a vivir la buena vida... que es una negrita avivada, eso decía el otro día acá arriba una de las clientas del señor Paquito mientras él le probaba... El señor Paquito estaba verde de bronca, pero se la tragaba, no decía nada... ¿Vos que decís?

AZUCENA: ¡Que tiene razón!

REMEDIOS: Hoy el señor Paquito le llevo unos dibujos que son un sueño... Mejores que los que traen esas clientas ricas que él tiene... ¿Mirá cuando la vean vestida con mejores modelos de los que usan ella?... Este solero que trabajo delicado... esto es para Blanquita: que tiene buen ojo... ¿te enteraste lo de Blanquita?

AZUCENA: ¡No!

REMEDIOS: La suegra le va a regalar el vestido de novia... así que no vamos a poder hacérselo nosotras... Igual nosotras podemos coserle el del civil, ¿no?

AZUCENA: ¡NO!!...

REMEDIOS: Ahora digo, si el General asume en invierno para que le estamos haciendo toda esta ropa de verano a la Duarte... ¿Qué decís Azucena?

AZUCENA: ¡Me podés dejar escuchar el final del radio teatro!!!

REMEDIOS: Si igual no me estas escuchando Azucena...

BLANQUITA: (off) ¿No me pueden venir a ayudar con estos paquetes??

Se escucha la cortina musical del cierre del radio teatro. AZUCENA se levanta furiosa.

REMEDIOS: ¡Ya va!!!... Y, ¿cómo termino?

AZUCENA: ¡No sé!! ¡Si no me dejaste escuchar el final!

REMEDIOS: Bueno, después preguntas.

AZUCENA: ¿A quién le voy a preguntar? ¿Vos crees que todo el mundo tiene radio?

Asoma por la escalera que da al subsuelo BLANQUITA lleva un vestidito a flores y tiene su cabellera oscura sujeta atrás con una cinta. Trae en la mano una carteta y varios paquetes con telas.

BLANQUITA: Y, ¿se apuran o no?

REMEDIOS: ¡Ya va!

BLANQUITA: ¡Agarra los paquetes!! Llego hecha un fuego. ¡¡No saben lo que paso!!!

Lo acompañe al señor Paquito a buscar las telas y cuando salimos lo estaba ayudando a cargar las cosas en un taxi, cuando de repente un hombre de la vereda de enfrente empezó a chistar... El señor Paquito al principio miró como sin darse cuenta que lo llamaban...y después se puso blanco. Me pidió que me subiera al taxi y lo esperara. Estuvieron un rato hablando... y cuando volvió le indicó al chofer la dirección de la Duarte y me dijo

BLANQUITA, vas a tener que ayudarme porque ando con un tema muy serio... Yo le hago

la prueba a la Duarte, y cuando termino, juntamos entre los dos las cosas, y vos te tomas un taxi en la puerta y te volves sola hasta la casa. Mirá que yo no le confiaría esto a nadie, pero estoy muy necesitado.

REMEDIOS: ¡Le habrá pasado algo a la madre?

AZUCENA: ¿A la madre de quién? No digas pavadas Remedios si la madre está durmiendo acá arriba...

BLANQUITA: Chicas... no saben lo que es ese departamento... ¡No saben el gusto que tienen!

REMEDIOS: Como el que salió en la revista.

BLANQUITA: Igual.

AZUCENA: ¿Cómo igual? ¿No fuiste a ese departamento?

BLANQUITA: Al mismo. La cosa fue que cuando entramos, yo por orden del señor Paquito quede en una salita, sentada frente a una puerta que daba a la sala principal. La puerta de la sala era de vidrio y tenía una cortina blanca transparente corrida hacia los costados que hacía que pudiera ver todo.

AZUCENA: ¿Y entonces?

BLANQUITA: ¡Los vi! Ahí estaban los dos.

AZUCENA: Juralo.

BLANQUITA: Porque me muera. ¡Él es un churro bárbaro! Un galán de cine. La verdad es que ese hombre si no hubiese sido militar tendría que haber sido actor... Tiene una voz...

AZUCENA: ¿Y ella?

BLANQUITA: ...Ella... normal. Así como uno la ve en las revistas. Un poquito ancha de caderas para mi gusto... Es de las que si llega a comer de más... Ufff, ¡botella!!... Pero él. ¡Te morís! Te morís... y como la mira... la sigue con la mirada todo el tiempo...

AZUCENA: ¿En serio? Debe estar muy enamorado entonces...

BLANQUITA: ¿Enamorado? ¡Muerto está!

AZUCENA: ¿Y ella?

BLANQUITA: Ella es una actriz por donde la mires... Azucena, si la hubieras visto... Mirá hasta la manera de pararse frente al espejo. Miren, miren los modelos que eligió... Abrí, abrí esos paquetes... las mejores telas eligieron... seda de color marfil...miren lo que es...

REMEDIOS: Es para una princesa...

BLANQUITA: Pura seda francesa... es para un vestido de gala... El modelo, se lo eligió él. Ya lo van a ver...

AZUCENA: Y este color topacio....

BLANQUITA: Otro vestido de gala...

AZUCENA: ¿Color topacio?

BLANQUITA: ... lo eligió ella...

REMEDIOS: ¿Y esta seda negra?

BLANQUITA: Para el acto de asunción de él... la jura en el Congreso.

REMEDIOS: ¿Va a ir de negro?

BLANQUITA: Fue idea del señor Paquito... Yo escuche que le decía que tenía que ir sobria... lo más sobria posible...

AZUCENA: ¿Pero de negro?

BLANQUITA: Lo mismo le dijo el General...Che pibe, no te pases, una cosa es sobria y otra es que me la vista de luto... Escuche que se reían y después el General dijo: "Hace lo que más te guste negrita... lo que más te guste" ... Y ella contesto: "no quiero darle qué hablar a la chusma Juan...Hagámosle caso a Paquito entiende".

AZUCENA: Mejor, porque si la dejan a ella no la sacas de los lunares y las flores...

REMEDIOS: Mas de las flores que de los lunares...

BLANQUITA: Y marco unos vestiditos a flores y unos trajecitos escoceses.

AZUCENA: ¿Lunares para vestidos de fiesta? Horribles van a quedar.

BLANQUITA: No son para vestidos de fiestas... ella dijo: “yo necesito ropa para trabajar. Yo no voy a ser una mujer del presidente como fueron otras... yo no voy a trabajar de ir a fiestas, yo no nací para eso”.

REMEDIOS: Si es para trabajar es otra cosa...

BLANQUITA: Después se sintió un teléfono y la señora que los sirve llamo al General. Al rato ella abre la puerta y sale con el señor Paquito. Ya no la veía más por detrás del vidrio, la tenía frente mío...

AZUCENA: ¿Y?

BLANQUITA: Se puso al lado y me empezó a ayudar. “Esta es la de aquel figurín, mejor pínchala sobre el papel. Así lo hace mi mamá... Y esta mejor ponerlas juntas... así ya sabes que son las que elegimos para ir en composé: la tela escocesa y la solapa con las terminaciones en pana” ¡Se la veía feliz! Y mientras la tenía al lado mío por un momento hasta me imagine que podíamos haber sido compañeras de grado, o amigas... ¿cuantos años me puede llevar?...

AZUCENA: ¿Y él?

BLANQUITA: A él solo lo vi aparecer otra vez detrás del vidrio que daba a la sala Salió y le dijo: Vamos negrita, sabes que no me gusta hacerme esperar... Y ella se fue con su vestido de plumetí a flores, campana plato, oliendo a jazmín... Después bajamos con el señor Paquito y en puerta del edificio esperaba un auto con chofer... el portero se acercó a ayudar...y la gente que pasaba por la cuadra miraba...y por un momento me sentí...

AZUCENA: ¡Una artista!

BLANQUITA: ¡No! Me sentí gente.

AZUCENA: ¿Qué decís? ¡Somos gente!

BLANQUITA: ¡No! No siempre...

Timbre furioso

AZUCENA: ¡Llama el señor Paquito!

BLANQUITA: ¡Ya llegó! Suban a ver que necesita... Díganle que ya estoy acá con todos los paquetes...

REMEDIOS: Yo subo.

Desde la escalera se asoma Albertito, un muchachito joven, delgado, con cara de niña, lleva traje gris, su cabello algo ondulado este peinado hacia un costado a la gomina. Se lo ve golpeado y sus ropas algo esquilgadas.

ALBERTITO: Permiso... el señor Paquito me pidió que bajara y lo esperara acá... es que justo llegaba una clienta. Me dijo que la despacha y me viene a acomodar...

AZUCENA: ¿Qué tiene, esta lastimado?

ALBERTITO niega

REMEDIOS: Tal vez le paso por andar metiéndose con fantasmas... Usted no dijo la otra tarde que la había visto en la escalera a la tía del señor Paquito.

BLANQUITA: No hay que meterse con los muertos... es cosa grave hacerlo y menos si uno no está preparado... hay gente que se prepara para eso... usted se prepara...

ALBERTITO: El problema no son los muerto... sino los que están vivos...

BLANQUITA: ... ¿Que le hicieron?... Azucena, alcánzame un poco de agua tibia y un paño limpio

AZUCENA: ¿Quién le pego?

ALBERTITO: No lo sé.

BLANQUITA: ¿No los vio?

ALBERTITO: Sé, pero no sé quiénes eran...

AZUCENA: ¿Y quién podría querer castigarlo así?

ALBERTITO: ¡Ahí!! Duele...

BLANQUITA: Hay que tener maldad para agárrasela con un muchacho como usted... digo, que se ve que no puede hacerle mal a nadie...

ALBERTITO: Los míos son así... no sabe la maldad que pueden tener...

AZUCENA: Cuando dice lo míos, ¿a quién se refiere?

ALBERTITO: Mi familia. Estoy seguro que mi padre me quiso dar una lección... para él que me peguen así es una lección... me agarraron en una esquina, a plena luz del día, me pusieron contra una pared y me dieron de patadas hasta que caí al piso... yo gritaba y ellos decían, llora marica, llora...

BLANQUITA: Y no había nadie...

ALBERTITO: Nadie se metía... cuando terminaron de pegarme me dejaron tirado en el piso, y un chiquito se acercó, me ayudo a levantarme y a meterme en un bar... el nene pidió que me prestaran un teléfono... el viejo del café me dijo, una llamada, solo una, sino llamo a la policía... Y como tenía miedo de llamar acá y que Paquito no estuviese llame a otro amigo, seguro de que lo iba a encontrar.

BLANQUITA: Tranquilo. Ya va a pasar...

ALBERTITO: No, esto recién empieza. Yo sé bien lo que le digo

AZUCENA: Hablando de empezar.... Remedios, ¿pones la radio?

ALBERTITO: ¿Qué van a escuchar?

BLANQUITA: Mamarrachito mio!!

REMEDIOS: ¿Le gustan las novelas? Acérquese, dele acérquese...

Todos se acomodan frente a la radio. Tema de cortina musical.

Escena II

Vemos a las costureritas trabajando, en la radio se escucha de la voz de Eva Perón el anuncio del voto femenino para las mujeres.

Apagón.

Escena III

Buenos Aires, marzo del 47.

Salón de costura, desde las ventanas altas que dan a la calle se filtran tibios los rayos de sol. De fondo una radio encendida con un radio teatro que nadie escucha. Telas blancas en el suelo, dos maniquís con enagua y camión de seda. BLANQUITA y AZUCENA en el descanso de la escalera pelean por espiar a través del cerrojo de la puerta. De pronto alboroto y grito de ellas que corren escaleras abajo.

La puerta se abre y se asoma hacia abajo desde la baranda de la escalera ALBERTITO, muy bien trajeado, con moño, y su cabello peinado hacia un costado a la gomina.

ALBERTITO: ¡Estupidas! ¡Pedazo de estupidas! No se dan cuenta que se escucha todo.

AZUCENA: Entonces no nos sorprendas. Avisa que vas a pasar y te damos paso...

ALBERTITO: (A *BLANQUITA*:) Y vos, deja de reírte queeres. Estas así desde que llegaste.

AZUCENA: Se ríe de tu cara de susto.

ALBERTITO:¿Susto? Haber si se puede saber... ¿Por que voy a tener que tener susto?

BLANQUITA: Decí la verdad Albertito. O te vemos vestido así todos los días. Dale, no te hagas el oso y confesa, te da miedo encontrarte con ella. Mirá que vestido así se va a dar cuenta enseguida que sos un Anchorena.

ALBERTITO: Esos es lo que vos quisieras. Eso es lo que les gustaría, descubrirme para que la señora no me reciba, para que no permita que le alcance con mis manos sus vestidos. Pero sabes qué, yo voy a renunciar a mi apellido si ella me lo pide.

BLANQUITA:¿Serías capaz de perder la herencia?

AZUCENA:¡La herencia igual ya la perdió! ¿Por qué te crees que se fue de la casa?

ALBERTITO:¡La herencia no la perdí! A mí no me desheredaron. Para que sepas, solo estoy castigado por venir a servir al señor Paquito

BLANQUITA: Y el señor Paquito lo sabe, por eso es que intenta hacer merito con vos, no por otra cosa. Pero bueno sonso, por lo menos, ya que en suerte hoy te toco a vos la posibilidad de verla, cambia esa cara de miedo. Por qué se nota que te da miedo.

ALBERTITO:¡Miedo, no! A mí la señora no me inspira miedo, me inspira admiración... ¡Respeto!... ¿por qué miedo? Y a decir verdad me vestí así por qué hoy el señor Paquito me va a sacar a cenar.

BLANQUITA y AZUCENA: (a coro) ¿A cenar?

AZUCENA: ¿Y decime, invitaron a alguna chica?

ALBERTITO: Eso no es asunto tuyo.

AZUCENA: Por suerte.

BLANQUITA: No te dije, que el señor Paquito lo que quiere con vos es hacer mérito.

ALBERTITO: Si, vamos a ir juntos a escuchar unos tangos nuevos en el Avenida. La señora le regalo dos entradas. Desde la casa de gobierno las mandaron ayer en un sobre...

AZUCENA: Lo dice para envenenarme.

ALBERTITO: ¿Envenenarte por qué? ¿Acaso le arrastras el ala al señor Paquito?

BLANQUITA: Se lo decís, por qué sabes muy bien lo que le interesa a ella los artistas.

ALBERTITO: No son artistas, son cantores nada más, que se prestaron a cantar tangos nuevos.

BLANQUITA: Bueno a ella lo que le interesa es el tango.

ALBERTITO: Ah, chocolate por la noticia, el tango en esta ciudad y en cualquier capital importante del mundo, le interesa a cualquiera...

AZUCENA: Mirá, acá son varios los que corre con el caballo del comisario...

ALBERTITO: ¿Por quién lo decís?

AZUCENA: ¿La otra mosquita muerta está arriba?

BLANQUITA: ¡¿Qué?! ¿La van a dejar estar presente?... Claro...si seguro que se puso a llorar y a pedirle al señor Paquito de rodillas que la dejara estar...

ALBERTITO: ¡Nada de eso! Ya les dije, métanselo bien en la cabeza, el único que puede estar presente cuando la señora llegue soy yo... ¿Prepararon las cartas al menos? Ténganlas lista, que el señor Paquito se las manda a pedir en cualquier momento.

BLANQUITA corre a sacarla de su cartera. AZUCENA se agarra el pecho en señal de tenerla allí guardada.

BLANQUITA: Aquí la tengo, a mí me la escribió ayer el Tito, que tiene letra más linda que la mía. A mí siempre me aplazaban en caligrafía, en cambio él tiene una letra...

AZUCENA: (*resentida*) ¿Y por qué solo vos poder verla, si se puede saber?

ALBERTITO feliz como quien disfruta de lo que ocurre se sienta en un sillón y cuenta mientras prepara un cigarrillo.

ALBERTITO: Por qué yo antes de conocerlo personalmente al señor Paquito, soñé... soñé con los ojos abiertos y vi que él la vestía. Era un salón grande y la señora miraba como iban entrando modelos con hermosos vestidos, uno detrás del otro. Ella estaba emocionada, le encantaban y de pronto al ver que eran tantos se ponía a llorar y decía “Son tantos que no me los voy a llegar a poner nunca” ... En el sueño se veía un vestido más bello que el otro, que pasaban y no paraban de pasar.

BLANQUITA: ¿Eso soñaste? ¿Y por qué nunca me lo contaste?

ALBERTITO: Porque ustedes son unas idiotas que lo único que saben es reírse de mis sueños.

BLANQUITA: ¡Mentís! Sabes muy bien como creo yo en tus sueños... te acordás cuando te conté que iba a casarme... ¿Que me dijiste?

ALBERTITO: Te vi tan linda con tu vestido de novia.

BLANQUITA: Hicimos un pacto, le pedí que lo dibujara en un papel lo metiera en un sobre y me lo diera... y yo lo iba a mirar en mi luna de miel. Y cuando con el Tito abrimos el sobre y lo vimos... No lo podíamos creer... era igualito al que yo había usado... ¿te acordás?

ALBERTITO: Como no me voy a acordar...Lo que lloré cuando te vi entrar en la iglesia... Era blanco, te llegaba justo hasta los talones y tenía un velo corto que te cubría por delante la cara...

BLANQUITA: (*lo abraza emocionada*) Tal cual... ¡cómo no creerte Albertito!

AZUCENA: Y conmigo... ¿soñaste algo?

ALBERTITO: No, todavía no... Lo que pasa es que yo no los busco los sueños, se me aparecen... Si alguna vez te llegó a ver en alguno te lo digo.

AZUCENA: Yo también sueño...Sueño con los ojos cerrados.

BLANQUITA: Pero la fuerza te la da soñar con los ojos abiertos Practiquemos Azucena... Quien te dice que de tanto ejercitarnos, algún día lo logramos.

AZUCENA: Ahora decime la verdad. Albertito, ¿por qué no la podemos ver?

ALBERTITO: Terminala de una vez... No la dejan ver, porque llega rodeada de toda la comitiva y la hacen entrar derechito al salón.... Y en el salón, el señor Paquito no quiere que este nadie.

AZUCENA: Y si no quiere que este nadie, ¿qué va a hacer vos?

ALBERTITO: Yo no voy a estar con ellos. Yo voy a estar en la salita contigua, para alcanzarle las prendas... deben verse inmaculadas, de mis brazos a su cuerpo y luego, vuelta a mis brazos... Arriba hay preparado un lino blanco para apoyarlas...

Acercándose a mirar las prendas que todavía están en los maniqués.

ALBERTITO: Y qué tal si en vez de estar cuchicheando como sonsas se ponen a repararlas con la plancha... No tiene que verse ni una arruga, ¿escucharon? A apurar, vamos que está por llegar de un momento a otro.

La puerta de arriba se abre y entra REMEDIOS: baja la escalera con dificultad trae un balde y una escoba.

ALBERTITO: Vamos che, ¿no escucharon? Parecen chitruilas, a no perder más tiempo que va a llegar y tiene que estar toda la ropa repasada...

ALBERTITO sube rápido las escaleras y se cruza con REMEDIOS que viene bajando. Ella lo toma rápido de un brazo.

REMEDIOS: Hice todo como me lo pediste, ¿sabes?

ALBERTITO: Está bien, Remedios...está bien.

ALBERTITO se suelta, termina de subir las escaleras y sale.

AZUCENA: Deja que se entere la señora de que cuna viene este... Cualquiera día iba a dejar que tuviera algo de ella entre las manos. Para mí que fue él quien le llenó la cabeza al señor Paquito para que nosotras no estuviéramos.

REMEDIOS: ¿Por qué lo decís Azucena?

BLANQUITA: Por nada, olvidate vos, quieres....

AZUCENA: (a *REMEDIOS*;) ¿Para qué quieres saber? ¿Para después andar por allá arriba diciéndole al señor Paquito lo que hablamos acá abajo? La verdad Blanquita que vos tendrías que subir como quien no quiere la cosa y saludarla, ¿ella no te conoce?

BLANQUITA: No digas sonseras Azucena:, mirá si se va acordar de mí... me vio solo dos segundos en su vida...

REMEDIOS: Si hay alguna a la que no le corresponde es a Blanquita, ella tuvo su oportunidad... Si no la supiste aprovechar es otra cosa...

AZUCENA:¿Qué te dije? Es ella la que anda cuchicheándole al señor Paquito quien debe y quien no debe...

BLANQUITA: ¿Cómo podés ser tan especuladora Remedios:? A ver... ¿cómo?

AZUCENA: ¡Dejala!

BLANQUITA: Anda a saber cuántas cosas más pensaste y no nos las decís... pero bien que te encargas de que las sepa el señor Paquito.

REMEDIOS: Por lo menos yo digo lo que pienso.

BLANQUITA: Si yo te llego a decir lo que pienso...

REMEDIOS va detrás de BLANQUITA.

REMEDIOS Perdoname Blanquita:, no quise decir lo que pensaba... ¿Te enchufo la plancha?

BLANQUITA: Deja, la enchufo yo.

REMEDIOS: Dejáme que lo planché yo... Mirá, acá traje almidón del bueno para ponerle al agua, así las enaguas quedan mejor armadas...

AZUCENA: Ya dijo el señor Paquito que no se le pone almidón a la seda, porque le opaca el brillo...

REMEDIOS: Eso paso la otra vez porque el almidón era malo, pero este que es del bueno...

BLANQUITA: Deja Remedios, igual no vamos a arriesgarnos a último momento a probar algo que no estamos seguras. Si queda mal el señor Paquito nos mata.

REMEDIOS se acerca a BLANQUITA que comenzó a repasar una enagua con la plancha, primero sube el volumen de la radio y después le habla a BLANQUITA al oído.

REMEDIOS: No creas lo que ella dice...

BLANQUITA: Terminala Remedios, yo sé que tengo que creer.

AZUCENA: (*a REMEDIOS:*) ¿Que andas cuchicheando vos?... Dale, habla fuerte, ¿crees que no te escucho?

REMEDIOS: Le dije que no crea todo lo que digo cuando estoy nerviosa.

AZUCENA: ¿Y por qué no lo va a creer, a ver? ¿Acaso el señor Paquito no dijo que íbamos a poder estar todos cuando ella viniera?

REMEDIOS: A mí me dijeron que, si es por ella, sí. Que, si le preguntan, ella diría que sí. Pero dice el señor Paquito que no podemos verla...

BLANQUITA: Miren, no me hagan hablar porque hablo... y digo todo lo que tengo atravesado acá.

AZUCENA: Decile entonces.

BLANQUITA: Mira, les voy a decir todo lo que pienso, y así como lo digo, si me enfrentan al señor lo desmiento.

AZUCENA: Hablá.

BLANQUITA: Ya nadie sabe quién le llena la cabeza al señor Paquito, vieron el sequito de gente que tiene a su alrededor todo el día, que chofer, que cocinera, que mayordomo, que las amigas estrellas de cine... Y todos hablándole de la Eva... como podemos saber a quién escucha de todos esos...

AZUCENA: A nosotras seguro que no.

BLANQUITA: Vez, hasta vos lo decís... ¿Quién le llena la cabeza entonces? ¿Es

ALBERTITO: el que no quiere que la veamos?...

AZUCENA: Ese está enfermo de celos...

BLANQUITA: Para mí que ese asunto de los sueños lo tiene medio trastornado... Últimamente no cuenta nada... Anda a saber las cosas que anda viendo.

AZUCENA: Es todo invento para manejar a gusto al señor Paquito.

BLANQUITA: Entregar una carta no es lo mismo. Una carta es algo frío, es algo que no tiene cara, como puede leer la necesidad y el sufrimiento de uno en una carta...

AZUCENA: A mí no me importa nada, yo ya lo tengo pensado, cuando ella llegue yo me voy. Salgo a la calle y la espero delante de su coche. Y cuando la tenga delante le voy a pedir por favor... por favor... que me haga una recomendación para la radio. Le voy a pedir que me la firme detrás de esta fotos que me hice sacar.

AZUCENA saca de su cartera un sobre con unas fotos. BLANQUITA y REMEDIOS se acercan.

BLANQUITA: ¿A ver? Dale che, dejamela ver...

BLANQUITA le saca la fotografía de la mano y junto a REMEDIOS se ponen a mirarla cerca de una luz que ilumina la máquina de coser.

BLANQUITA: Mira, si pareces una artista. ¿Quién te hizo esta foto?

AZUCENA: Un fotógrafo de esos que solo fotografían a las estrellas. Un admirador que tengo en mi barrio consiguió la dirección. Y me las pagué con la plata que sacamos la última quincena.

REMEDIOS: ¿Te gastaste toda la quincena?

AZUCENA: Lo que se gasta en sueños, trae nuevos sueños...

REMEDIOS: Pisa la realidad, quieres...

AZUCENA: Calláte, mejor, fijáte vos donde pisas...

BLANQUITA: ¿Ya tenes admiradores, che?

AZUCENA: Uno nomás, que me siente cantar desde la terraza. Él tiene arriba su piecita y me escucha mientras ensayo.

BLANQUITA: (mirando la foto) Mirá, si pareces la Libertá Lamarque...

REMEDIOS: Pareces Mirtha Legrand en la revista Labores. ¿Vieron la de este mes?

AZUCENA: ¡Más linda, todavía!

REMEDIOS: Pero así, no pareces vos... Quien te va a dar trabajo con esta foto, en cuanto la vean te van a decir, está bien... ¿Y para cuando la trae a la señorita? Y en cuanto digas que sos vos, se te van a echar a reír Azucena... Yo sé lo que te digo, para que simular lo que uno no es...

AZUCENA: ¡Callate quieres!... Ríanse si quieren. En cuanto ella me ponga en la foto su recomendación y la firme de puño y letra, a mí no me ven más. Me tomo el tranvía y me voy derecho hasta la salida de la radio, para la puerta donde salen los artistas.

REMEDIOS: ¿Y qué le pedís en la carta Azucena?

BLANQUITA: ¡No lo digas! ¡Eso no se cuenta! Me dijo Tito que no se lo dijéramos a nadie, que tampoco lo comentáramos entre nosotras.

AZUCENA: ¿Y por qué?

BLANQUITA: Trae mala suerte, dice que si lo contamos antes que el pedido llegue a las manos de ella el deseo se lo llevan los muertos y entonces se pierden.

AZUCENA: ¿Qué decís?

BLANQUITA: El Tito dice que los muertos se enamoran de los deseos de los vivos. Y si uno hecha los sueños a andar antes que llegue a manos de otro ser vivo, los muertos te lo arrebatan y se los llevan para siempre.

REMEDIOS: Me da miedo. ¿De dónde saco el Tito eso?

AZUCENA: ¿No te enteraste que se hizo espiritista? Va a una escuela y todo, ¿no?

BLANQUITA: Lo que importa es no decir nada, hasta que la carta esté en manos de la señora. Después, nos podemos contar todo lo que queramos.

AZUCENA: A mí que me importa, lo mío ya lo sabe todo el mundo, yo lo que más quiero en esta vida es llegar a ser una estrella como Libertad Lamarque o como la Tita Merello...Y no hay muerto que me arrebaté mi sueño...

BLANQUITA: ¡Basta, AZUCENA!

AZUCENA: Que basta, ni que basta... Ya van a venir ustedes y don Paquito a pedirme que los invite a la Premièrè...

Desde la calle llega sonido de alto parlante, sirenas y bullicio

BLANQUITA: ¿Escuchan? ¡¿Escuchan?!

Las tres salen apuradas hasta los ventanales, toman unas sillas y subidas allí se asoman para espiar.

AZUCENA: ¿Es la comitiva?

BLANQUITA: ¡Parece que sí!!! Es la comitiva. ¡Es ella que viene llegando! Y la ropa sin terminar de repasar... Ayúdame Remedios, por favor...

AZUCENA: Con todo este bullicio se nos va a llenar la entrada de gente. Les dije que no hiciéramos batifondo...

BLANQUITA: ¿Quién fue el desgraciado que lo hizo correr? Ahora vamos a tener a todo el barrio en la puerta.

AZUCENA: Fue el estúpido del Albertito, anduvo toda la mañana por el barrio dándose corte y contando que ella venía.

BLANQUITA: ¡Desgraciado! Ahora sí que estamos listas. ¿Cómo hacemos para verla nosotras? ¿Cómo hacemos para darles las cartas? ¡El Tito me mata sino se la llegó a dar! Me hizo jurar por la salud de nuestros futuros hijos que se la iba a dar...

REMEDIOS se baja de la silla, sube rápida la escalera y amaga a tirarse por la baranda.

BLANQUITA da un grito. AZUCENA corre a tomarla por las polleras.

AZUCENA: ¡Calmate REMEDIOS:! ¡Calmate!... ¡Movete vos y trae agua! ¿No ves que se pone así cuando le esta por dar el ataque?

REMEDIOS se queda dura mira a un punto fijo, no responde.

BLANQUITA: ¡Que la parió, che!... ¿Justo hoy le tienen que venir esto? ¡Me da miedo!

AZUCENA: ¿Miedo de que? ¿No ves que dura menos que la regla? Ya se le pasa... Solo un poco de agua y abanicarla con aire fresco...

BLANQUITA: Albertito dice que esto le pasa de emoción. Cuando se emociona mucho, que es como que no puede controlarse y por eso se va... Él dice que esto se le curaría estando con algún muchacho... Yo pienso, o se cura o se pierde para siempre...En cambio el Tito dice que le pasa por que es débil, que los espíritus se meten en ella y la habitan por un rato. Me dijo que lo peligroso es si la toma alguno de los bravos.

AZUCENA: Alcánzame una silla para sentarla y dejate de creer en tantas pavadas... Que por culpa de tanta superchería estamos como estamos...

BLANQUITA: Yo solo te cuento lo que dice el Tito...

AZUCENA: Esto es puro nervio que la pobre no controla... Remedios, ¿ya pasó? Pobrecita che, bastante desgracia tiene ya con esa pierna como para que le vengan a pasar estas cosas...

BLANQUITA: La pobre al fin de cuenta tiene razón cuando dice que se quiere ir a un convento...Decime, para qué sirve la pobre sino para vestir santos.

AZUCENA: Cualquier día el padre la va a dejar meterse a monja...

BLANQUITA: ¿Qué decís?

AZUCENA: ¡Si por eso esta así! Por eso esta tan entusiasmada con verla a la señora... Le escucho decir al señor Paquito que en Italia la va a recibir el Papa en persona. Y ella le manda una cartita al Papa para que la acepte en algún convento, así defectuosa y todo...

BLANQUITA: ¿Y por qué el viejo no la quiere monja?

AZUCENA: Dice que si ella se mete a monja, de dónde saca él un idiota que le ayude a pagar la olla. También hay que ponerse en el lugar del hombre. Pobre, todas mujeres, ni un machito que lo ayude. Y para colmo todas tullidas salieron

BLANQUITA: ¿Todas?

AZUCENA: Si, parece que la primera en pescarse la polio fue Remedios y después se la contagió al resto de las hermanas como si fueran los piojos. No se salvó ni una, che....

(Pausa) Que la parió, justo ahora se vino a descomponer... Fijate si están llegando... Vamos Remedios, reacciona no seas boba, que si te cuesta mucho dar tu carta se la entregamos nosotras...

Los sonidos se hacen cada vez más fuertes, alto parlantes con propaganda partidaria.

BLANQUITA: Ya están llegando, los veo desde acá, están en la esquina...

AZUCENA: Reacciona por qué te suelto. Dale que yo la quiero ver entrar... Remedios, ¿escuchas?

BLANQUITA: ¿No era que le duraba poco?

AZUCENA: *(Dándole un sopapo)* ¡Despertate Remedios! ¡Chitrula!

BLANQUITA, subida a la silla mira a través de la ventana.

BLANQUITA: Ya está... está acá... ¡está pasando!

BLANQUITA, se queda firme frente a la ventana. AZUCENA desde su lugar abrazada a REMEDIOS y sin soltarla mira hacia fuera.

AZUCENA: ¿Paran?

BLANQUITA: No...siguen de largo...

AZUCENA: ¿Y entonces? ¿No era la comitiva?

BLANQUITA: Se conoce que no.

AZUCENA: Que raro... Yo hubiera jurado que era ella la que llegaba.

BLANQUITA: ¿No irán antes a otro lado?

AZUCENA: No sé, viste como es ella...

Ambas mirando a REMEDIOS que mira el lugar como descubriéndolo

REMEDIOS: ¿Qué pasa?

BLANQUITA: Remedios, ¿te sentís bien?

REMEDIOS: ¿Yo?

AZUCENA: Dejala, ya reacciono.

Se abre la puerta y como pasado por agua fría se asomó ALBERTITO:, trae en sus manos un paño largo de lino, chasquea los dedos y estira el paño.

ALBERTITO: Rápido, sobre el paño, la ropa blanca...

AZUCENA: (Asomándose apenas por la escalera) ¿Para qué?

ALBERTITO: La señora, esta acá... ya está arriba probándose...

BLANQUITA: ¡No es verdad!

AZUCENA: ¿Qué decís?

BLANQUITA: No es posible... ¿Cuándo llego?

ALBERTITO: Hace rato, mientras yo estaba acá con ustedes, ella entraba con el señor Paquito por el jardín.

AZUCENA: ¿Ella cruzo el jardín?

BLANQUITA: Y la comitiva, ¿por dónde entro?

ALBERTITO: Llegó sola, acompañada por un chofer que la espera del otro lado de la casa. Vino sin comitiva. ¡Rápido! No me hagan perder más tiempo.

AZUCENA: ¿Qué decís?

ALBERTITO: ¿No me escucharon? Rápido, sin demoras, la ropa...

AZUCENA: Albertito, vos, ¿la viste?

ALBERTITO asiente REMEDIOS es la primera en correr, comienza a sacar con cuidado la ropa de la maniqués, las va apoyando sobre el paño que ALBERTITO sostiene entre sus brazos. BLANQUITA la ayuda. AZUCENA parada en la escalera no reacciona.

ALBERTITO: Faltan los soutain

BLANQUITA abre una caja que esta sobre una mesa, saca unos soutain y se lo alcanza.

ALBERTITO: Ahora entréguenme las cartas.

BLANQUITA, corre rápida hasta su cartera y la saca, REMEDIOS la busca dentro del bolsillo de su tapado.

ALBERTITO: Apóyenla sobre la ropa.

REMEDIOS obedece y rápido la deja, BLANQUITA besa antes el sobre y luego lo apoya sobre el que dejo REMEDIOS.

BLANQUITA: Dale, Azucena, no seas sonsa...

AZUCENA: No es lo mismo, yo la quería ver.

ALBERTITO: Vos te lo perdes. Está Bien...cuento hasta tres...después no digas que no se te dio la oportunidad... Uno...Dos...y...

ALBERTITO comienza a subir las escaleras, antes de llegar a la puerta se detiene y mirando a AZUCENA suspira como para dar el Tres.

AZUCENA: Espera, che... ¡Espera!

AZUCENA busca el sobre de ella que había quedado sobre la radio y corre a entregarlo.

ALBERTITO: Tres.

ALBERTITO lo toma y sale. Las mujeres quedan paralizadas. Luego se escucha ruido de llave que le echan a la puerta.

AZUCENA: ¡No nos puede hacer esto!! Hubiese querido dársela yo... Hubiese querido dárselo yo...

AZUCEN rompe en llantos.

BLANQUITA: ¡No llores sonsa!!

AZUCENA: ¡No tienen derecho!

BLANQUITA: Es para que no hagamos escándalo, por qué somos unas pobres chiruzas que lo único que sabemos es hacer conventillo... Nos encierran por qué nunca vamos a comportarnos como señoras... nos encierran para que aprendamos... Por eso nos encierran...

REMEDIOS: A mí lo único que me importa es que se la dé para que así se nos cumpla los sueños. No llores Azucena, va a ver que en poco tiempo vos también va a salir como la Merello en las revistas... ¿No es verdad?

BLANQUITA: Seguro, mira cuando vengas a probarte la ropa para las películas...Por qué seguro que te la va a hacer el señor Paquito.

AZUCENA: El señor Paquito, no. Vos Blanquita, vos me la vas a hacer... Y después te voy a invitar a la premier, vas a ver mis películas en primera fila.

REMEDIOS: Lastima que yo me lo voy a perder.

BLANQUITA: ¿Por qué sonsa?

REMEDIOS: Yo no creo que en el convento me dejen ver las películas.

AZUCENA: Claro que **no** la van a dejar...por qué van a ser películas fuertes...películas de amor.

REMEDIOS: Pero segura que me van a dejar recibir cartas, y sabes que Azucena, me tenes que prometer una cosa.

AZUCENA: ¿Qué cosa?

REMEDIOS: Que dentro de la carta vas a mandar las fotos, para que te vea.

BLANQUITA: Es más, hasta te puede mandar alguna revista.

REMEDIOS: Y cómo voy a tener mucho tiempo, no como ahora que no me alcanza para nada, me la voy a pasar rezando y muchos de mis rezos van a ser para ustedes... Para todos ustedes y para tu familia también Blanquita, para Tito, para tus hijitos....

BLANQUITA: Me da pena que te metas a monja Remedios, pero bueno, alguien tiene que rezar por todos.

REMEDIOS: No llores más Azucena, que se te corre la pintura...

AZUCENA: Y yo que me gaste los ultimo pesos que tenía en comprarme un labial rojo de Michel... ¿para qué?

BLANQUITA: Te lo guardas para cuando vayas a la radio a la entrevista que la señora te va a conseguir.

AZUCENA: Cuando eso pase ya se me habrá gastado. Es más, ¿cómo sabemos que van a darle las cartas? Es toda una mentira, nos lo dicen para conformarnos.

BLANQUITA: No digas eso. El señor Paquito no sería capaz.

AZUCENA: Ah, ¿no? Y por qué nos dejan bajo llave y nos prohíben verla... Son de lo peor, son unos angurrientos, solo se quieren beneficiar ellos. Pero a mí esto no me lo hacen... A mí no me atropellan así, como así, un sueño... A mí me van a oír...

REMEDIOS y BLANQUITA: ¡Para Azucena! Para... ¿dónde vas?

AZUCENA: ¡Me van a oír!... Suéntenme chitruilas, suéntenme les digo

La puerta de arriba se abre y se asoma ALBERTITO:, rápido golpea las manos como llamándoles la atención, se lo ve pálido, nervioso.

ALBERTITO: ¿Qué hacen? ¿Qué hacen?...

Las tres mujeres se detienen, antes que puedan decir algo ALBERTITO: avanza.

ALBERTITO: La señora quiere verlas.

AZUCENA: ¿Qué?

BLANQUITA: AZUCENA:, anda vos....

AZUCENA: ¿Así? ... ¿Cómo así? No, esperen, así no... ¿Dónde está mi cartera?

BLANQUITA: Andá Azucena, estás bien así...

ALBERTITO: Subí vos primera Blanquita, que pregunto por vos.

BLANQUITA: ¿Qué? ¿Se acordó?

AZUCENA: ¡Viste chitrula!!! ¿Qué te dije?

ALBERTITO: Vamos que no tiene toda la tarde para ustedes.

BLANQUITA: Mejor anda primero vos Remedios.

REMEDIOS: ¿Sola?... ¡No!... vamos juntas Blanquita, por favor, no me dejen sola que me voy a descomponer...

BLANQUITA: ¿Se acordó de mí?

ALBERTITO: Apuren, les dije que no tiene toda la tarde.

AZUCENA: Viste sonsa, como no se iba a acordar... Y ¿Qué esperan ahora?

REMEDIOS y BLANQUITA suben de la mano, antes de salir lo miran a ALBERTITO.

ALBERTITO: Vayan, ya saben el camino.

ALBERTITO se queda y las dos mujeres salen tomadas de la mano.

AZUCENA: Albertito, por favor, no dejes que me vea con esta pinta de chiruza.

ALBERTITO baja dispuesto a ayudarla.

AZUCENA: Ayúdame a cambiarme.

AZUCENA se pone frente al un espejo, se saca su delantal verde y se cambia poniéndose un hermoso vestido verde a la moda.

AZUCENA: ¿Te gusta?

ALBERTITO: Es precioso.

AZUCENA: Estaba en la revista *Moda* del mes pasado, mostraban la colección nueva.

ALBERTITO: Es igualito al que llevaba Mecha Ortiz.

ALBERTITO le prende por la espalda el vestido. Ella se peina frente al espejo.

AZUCENA: Decime, ¿la viste?

ALBERTITO asiente

AZUCENA: ¿Dónde la viste?

ALBERTITO: Está en el salón, la pude ver a través de la puerta de vidrio... frente al espejo se sacó su ropa... y después el señor Paquito me hizo pasar para que lo ayudara a vestirla.

AZUCENA: ¿Cómo se veía?

ALBERTITO: Hermosa, con su traje negro, su cabello rubio... y....

AZUCENA: ¿Qué dijo cuándo le diste las cartas?

ALBERTITO: ¡Yo no!... El señor Paquito se las dio.

AZUCENA: ¿Y qué dijo?

ALBERTITO: Ahí mismo las leyó y después le pregunto al señor Paquito donde estaba
BLANQUITA: y el resto de ustedes.

AZUCENA: ¿Dónde estábamos nosotras?

ALBERTITO: “Abajo señora, cosiendo” creo haber escuchado que decía el señor Paquito. Y ella le dijo algo así como... “Haceme el favor, hacelas subir, quiero verlas”

AZUCENA: ¿Te das cuenta Albertito:? Yo estaba segura que iba a verla, a todo el barrio le dije, “Hoy me recibe la señora Eva Duarte de Perón... hoy me recibe” Y ya vez... Es así, no hay quien pueda con un sueño...

ALBERTITO se agarra la cabeza como ocultándose.

AZUCENA: Che, ¿qué te pasa a vos?

ALBERTITO: Callate un poco, que me siento mal....

AZUCENA: ¿Qué tenes?

ALBERTITO: Nada, estoy mareado, me siento mal, me da vuelas la cabeza.

AZUCENA: Es la emoción, los nervios. Además, aquí en este sótano no entra una gota de aire. Dale, andá a servirte algo fresco.

AZUCENA se termina de arreglar frente al espejo

AZUCENA: Y, ¿cómo me veo?

ALBERTITO: Bien, muy bien.

AZUCENA: Pero sino me estas mirando, che...

ALBERTITO: Pero igual sé que se te ve muy bien.

AZUCENA: Lastima no haber contratado a un fotógrafo.

ALBERTITO: ¿Para qué?

AZUCENA: ¿Como para qué? Para que nos fotografieran con ella. En el barrio no lo van a poder creer. ¿Sabes lo que vale una foto con ella?...

REMEDIOS se asoma por la puerta

REMEDIOS: Azucena, subí, ahora te toca a vos...

AZUCENA: ¡A mí!!... La viste, ¿qué te dijo?

REMEDIOS: Que me iba a ayudar. Que me quedara tranquila, Que ella personalmente se iba a ocupar de mí...

Entra BLANQUITA, corriendo, feliz

BLANQUITA Y AZUCENA: ¿Qué esperas?

AZUCENA sale corriendo

REMEDIOS: ¿Escuchaste Albertito lo que me dijo?

ALBERTITO: Si, lo escuche....

REMEDIOS: Dijo que se iba a ocupar ella personalmente, eso me dijo... Me pregunto primero por qué quería ir a un convento

BLANQUITA: ¿Y sabe lo que la sonsa le contesto? Por qué estoy enamorada

REMEDIOS: ¡Es verdad!

ALBERTITO: Enamorada, ¿de quién?

BLANQUITA: Lo mismo le pregunto la señora, y ella le contesto...

REMEDIOS: ¡De Dios! Yo solo pienso en Dios... Me hace feliz, saber que él se ocupa de nosotros. Y por eso yo sueño con, aunque más no sea un poquito ocuparme de él. Y ella me abrazo. A mí, a tan poca cosa abrazo.

ALBERTITO: No digas eso Remedios.

REMEDIOS: Pero es verdad, a mí me dio vergüenza su abrazo, pero no a ella. Y me dijo que, si ese era mi sueño, ella se iba a ocupar. Y que por mi papá me despreocupara.

BLANQUITA: Me tengo que pellizcar para creerlo.

REMEDIOS: Mirá cuando se entere mi papá que ella nos va a ayudar. No lo va a poder creer.

BLANQUITA: Y a mí... primero me dio un beso, me pregunto cómo estaba y después leyó mi carta detenidamente, me tomó las manos y me pidió que fuera sincera. Entonces le dije que Tito y yo trabajábamos sin parar, pero que nos era imposible comprarnos la casita. Y entonces me dijo “¿y vos, que quisieras?”

REMEDIOS: Escucha Albertito, vení, escuchá....

BLANQUITA: A mí me gustaba mi trabajo, pero más me gustaría quedarme en mi casa, cuidando de mi esposo y de los hijos que vendrán... Y le dije que, si ella me ayudaba, yo pensé que hasta podría coser en mi casa y darles trabajo a las mujeres del barrio.

REMEDIOS: Viste, Albertito... ¡qué lindo!... Se lo tenía bien pensado... ¿Y sabe que le dijo?

BLANQUITA: ¡Me dijo que si! Que estaba muy bien. Hasta el señor Paquito se sonrió y dijo que estaba muy bien... Voy a tener mi casa Albertito, voy a tener mis hijos y voy a tener muchas, pero muchas maquinas... Vamos a ser un montón de mujeres trabajando... Y yo voy a seguir siendo Blanquita pero seré muy rica y seguramente cada tanto, la señora querrá que yo la vista...

REMEDIOS: O que vistas a sus hijos...

BLANQUITA: Claro, por qué verá hermoso a los míos.

REMEDIOS: Y cuando vayas a entregarle la ropa seguramente tus niñitos te acompañaran y jugaran con los de ellos.... Prometeme que me vas a mandar fotos

BLANQUITA: Si Remedios, te prometo que si... ¿Escuchan?...

Desde arriba llega lejana la voz de AZUCENA cantando “Alma”

BLANQUITA: Escuchen, es Azucena, la está haciendo cantar.

AZUCENA: (off) Alma si tanto te han herido, ¿por qué, te niegas al olvido

BLANQUITA y REMEDIOS escuchan emocionadas.

ALBERTITO: ¡Basta! Basta, me duele mucho la cabeza...

REMEDIOS: ¿Qué te pasa Alberto?

ALBERTITO: No me siento bien...

BLANQUITA: Decime, y vos... ¿vos no le pediste nada?

ALBERTITO niega

REMEDIOS: Sos tonto, ¿y por qué?

BLANQUITA: ¿No soñas nada?

ALBERTITO niega

BLANQUITA: No seas sonso, cerrá los ojos y soña Albertito, soña, ella está allí arriba, todavía estás a tiempo...

ALBERTITO con los ojos cerrados rompe en llanto

BLANQUITA: ¿Qué pasa Albertito? Decí, ¿qué soñaste?

ALBERTITO: Nada, no fue un sueño... fue una pesadilla

BLANQUITA: ¿Por qué una pesadilla?

ALBERTITO: Entre al salón tal como me lo pidió el señor Paquito y ella está allí, hermosa, cubierta con su enagua de seda...Se sonrió al verme entrar...Yo me acerque hasta ella... Mientras la ayudaba con el vestido la vi... Abrí bien grandes mis ojos, y con espanto volví a mirarla a través del espejo y la vi...

BLANQUITA: Soñabas Albertito... soñabas como tantas veces con los ojos abiertos...

ALBERTITO asiente

REMEDIOS: ¿Qué fue lo que viste?

ALBERTITO: Allí estaba consumida, toda ella consumida como por un fuego... vestida de negro y con su cara golpeada.

REMEDIOS y BLANQUITA se miran

BLANQUITA: ¿Cuándo lo soñaste?

ALBERTITO: Recién, mientras la ayuda a cambiarse frente al espejo...

ALBERTITO llora sin consuelo.

BLANQUITA: Ya está, no mires más...Cerra los ojos Albertito, cerra los ojos...

REMEDIOS, se levanta y sube el volumen de la radio como para no escuchar el llanto de ALBERTITO. BLANQUITA aturdida se sienta frente a la máquina de coser. AZUCENA asomándose desde arriba ríe de felicidad como borracha

AZUCENA: Tengo su palabra, la tengo conmigo... Ya nadie nos va a atropellar, nadie más nos va a atropellar...Me voy, corro, corro a la radio antes que se me vayan los artistas...

ALBERTITO se toma la cabeza y llora como un niño. REMEDIOS ha quedado en su silla.

BLANQUITA se concentra en su trabajo frente a la máquina de coser.

El sonido de la máquina de coser se mezcla con el de la radio.

LOS SIRVIENTES

Aun cuando relatan hechos verdaderos,

*mis crónicas negociaran con la poesía
para desahogar la horrible fetidez
que suelta la verdad cuando se pone vieja*

Memorias Impuras- Liliana Bodoc

Personajes

AURORA- Cocinera

ANTONIA personaje mudo- asistente de cocina.

JUAN-chofer de Isabel

JOSECITO Mayordomo

CARMENCITA- asistente de cámara del General/ asistente de mayordomía

ESTELITA - asistente de mayordomía / asistente de cocina

Tiempo. Neutro. Ante sala servidumbre.

Josecito: La cofia bien sujeta. Recuerde que no debe asomársele el cabello. Se dice que cada pelo guarda miles de microbios adheridos por su sebo a él. Un pelo, aunque parezca estar limpio, guarda sebo. De eso vive. Un pelo sobre un plato, o una copa, es realmente repulsivo. El delantal debe estar bien enlazado a la cintura. Eso sí, sin marcarla. Antes de tomar la bandeja debe colocarse los guantes. Los guantes se los ponen y se los saca en la

cocina. Nadie, salvo el personal de servicio, debe ver sus manos... Ahora tome la bandeja y diríjase hacia mí. Vamos, sin temor, camine y preséntese

Carmencita: *(con modos ampulosos)* Señora Isabel, estoy para servirle.

Estelita ríe

Josecito: ¡No! Aquí, no. Usted es una servidora de la residencia presidencial. Aquí se sirve al presidente, al señor ministro... Y la primera dama siempre será la señora... Bajo ningún concepto utilice nombres propios. Recuérdelo durante el tiempo que le toque estar aquí. Olvídese de dar nombres. Y contenga la expresión. Sobria. La servidumbre somos como sombras moviéndonos por la casa. Estamos para asistir, pero nadie debe percibirnos. Ahora.

Carmencita: Permiso Señora.

Josecito: ¡Mejor! Estela, haga que le oculten esos cabellos y póngala a trabajar.

Josecito sale. Carmencita se abraza a Estelita

Tiempo. Buenos Aires 1 de julio de 1974- horas del mediodía.

Sala de la cocina en la residencia presidencial. De frente, un ventanal que da al jardín. Se escucha un timbre que retumba furioso en el lugar. Estelita entra empujando una mesa carro repleta de vajilla con servicio para varios. Juan frente al ventanal espía hacia el jardín. A poco de entrar, Estelita lanza un grito ahogado.

Estelita: ¡Murió el General!

Juan: ¿Qué?

Casi detrás de Estela entra Carmencita, sobrepasada por la situación casi en estado de shock

Carmencita: ¡Por favor que alguien ayude...Dios mío...! ¡Que alguien haga algo!

Desde el fondo, rápido y con paso apretado entra Josecito.

Josecito: ¡Silencio! Que nadie se mueva del ala de servicios.

Desde la cocina llega Aurora, la cocinera de la residencia y la más antigua entre los sirvientes.

Aurora: ¡¿Qué está pasando?!

Juan: Murió el general.

Aurora: ¿Qué dice?

Josecito: ¡No es verdad!

Carmencita: Yo estaba ahí... lo tenía al lado, se le dieron vuelta los ojos...

Josecito: Está mintiendo.

Carmencita: Estoy diciendo lo que vi.

Estelita: ¡Yo también lo vi!

Josecito: El General no está muerto. Cuando ustedes salieron entraron los médicos... y quedaron con él.

Carmencita: Es mentira. Vos sabes que lo que estás diciendo no es verdad.

El timbre llama

Aurora: ¿Qué es ese timbre que no deja de llamar?

Carmencita: Es la señora que está como loca, grita pidiendo ayuda.

Antonia: ¡Timbre! ¡Timbre! ¡Timbre!

Carmencita: ¡Calláte Tarada! Están todos alrededor de ella. Todos la miran, pero nadie hace nada. Nadie puede hacer más nada. Esto se terminó para siempre.

Aurora: Juan, vaya usted que es al que más consideran y vea que está pasando.

Josecito: La orden es que nadie se mueva del ala de servicios.

El timbre vuelve a llamar furioso

Aurora: ¿Atiende usted, o dejamos que siga llamando?

José: Estela suba usted. Y que el resto del personal auxiliar no se mueva de la sala de servicio hasta que le demos la orden. Vaya rápido. Atienda. Yo subo. ¡Ya subo!

Estela sale, Josecito detrás de ella.

Carmencita: Yo estaba con el General, de repente lo vi levantar el brazo... Pensé que me pedía el oxígeno. Me acerqué a él y entonces me susurro en mi oído: Nena ya está. Es el final.

Aurora: ¿No estaban los médicos en el cuarto?

Carmencita: Yo corrí a buscarlos. Entraron todos, me empujaron al pasillo... Me decían: “córrase, córrase...” Yo estaba ahí sin saber qué hacer. Pidiendo que Dios me sacara de ese lugar.

Aurora: ¿Se da cuenta Juan? La casa transformada en un hospital y ahora resulta que en el peor momento el hombre estaba solo.

Carmencita: No estaba solo. Estaba conmigo. Tocaba el cambio de turno. El médico de la noche se acababa de ir y el otro acababa de llegar. Se había levantado lo más bien el General. Cuando subió Estela, con el servicio para el desayuno, él estaba sentado frente a la ventana.

Aurora: ¿Sentado? (*Cómplice a Juan*) ¿¡Si había pasado una noche pésima...?!

Carmencita: Serían las ocho de la mañana cuando me pidió que lo incorporara. Yo había entrado a cerrar mejor las persianas para que siguiera durmiendo. Y de repente siento que

me llama y me dice: “Nena”- porque vio que para él todas somos nena- “¿qué haces? Abrí eso, ¡qué cosa che!, últimamente se les ha dado por contradecirme”. “No General”- le dije- “yo contradecirlo, jamás”. Y me apuré a correr las cortinas. “Sentame”- me dijo- “que ya voy a tener tiempo para estar acostado”. Y después...

Juan: Cállese. Son días oscuros. Todos andan por esta casa como aterrorizados. Con temor a hablar de más, a pisar fuerte. Todos parecemos sombras. Será que estamos con miedo a que el más mínimo movimiento termine por llevárselo.

Carmencita: Después miró por la ventana el día y me dijo: “¿El día está triste o me parece a mí?” Y le conteste: “¿Por qué habría de estar triste el día mi General?” Me miró con su sonrisa de costado y me dijo: “Tal vez hoy sea el día señalado. Y si es así, los ángeles deben estar baldeando la plaza del paraíso...” “Claro”-le dije- “son muchos los compañeros que lo esperan allá arriba.” Y se dio vuelta para decirme: “nena en el paraíso compañeros son todos. Ahí debe estar la Eva preparándome otro 17 de octubre.” Yo no quería que se diera cuenta, pero me puse a llorar. Y me dijo: “Pedazo de sonsa, ¿y por qué lloras?” “Porque me lo voy a perder”, le dije. Y él, se echó a reír.

Aurora: ¿Y por qué no llamaste al médico en ese momento?

Carmencita: ¿Para qué?

Aurora: Como para qué, ¿no decís que se estaba muriendo? ¿O quisiste que muriera solo?

Carmencita: Vieja de mierda, solo no. Yo estaba con él.

Juan: ¡Por favor!

Aurora: ¿Yo vieja? ¡Te voy a hacer echar! Voy a contar todo esto que está diciendo. Voy a decir que el General se estaba muriendo y que no fuiste capaz de llamar.

Juan: Cállese Aurora, que nadie le va a creer.

Aurora: ¿Qué nadie me va a creer?

Juan: El General no murió, lo dijo José.

Aurora: Ja, ja... ¿Y usted lo va a creer? A este hombre le dicen que es lo que tiene que ver.

Estelita entrando.

Estelita: ¡Bajen la voz! Se escucha desde afuera.

Juan: ¿Qué se sabe?

Estelita: La señora pide ayuda a gritos.

Juan: Va a seguir pidiendo a los gritos. Más vale que nos vayamos acostumbrando. Si nos es hoy será mañana. Pero ya se sabe, el General se va.

Estelita: ¡Que injusto! Tantos años esperando volver y justo ahora. ¿Será que el destino se burla de nosotros?

Aurora: La única burla es haber vuelto para ser asistido por una corte de bufones.

Desde el fondo llega Josecito con paso rápido y apretado, está hecho un nudo y trata de disimularlo.

Josecito: ¿Qué pasa? Cada uno a su tarea. Estela, en 20 minutos tiene que estar el servicio arriba. Ordene a su gente.

Carmencita: Subo a ver si el General necesita algo.

Josecito: El General esta con los médicos, no puede pasar nadie. Usted, ¿ya lustró sus zapatos? A sus tareas, ¿qué esperan? ¡A volar!

Estela sale. José detrás de ella.

Carmencita: ¿Y ahora me manda a lustrar sus zapatos?

Juan: ¿Qué hace?

Carmencita: No sé qué hacer.

Juan: Deje. Los zapatos los lustros yo.

Carmencita: ¡Mire! Siguen entrado auto... ¿ve?

Juan: La señora no suspendió las reuniones del día

Carmencita: ¿Por qué nos ocultan lo que pasa? Vivimos bajo el mismo techo espiándonos unos a otros, teniendo que adivinar qué es lo que pasa.

Juan: Será que hay miedo.

Carmencita: ¿Acá en la casa? Miedo, ¿de qué?

Juan: Vaya usted a saber.

Carmencita: Pero, usted sabe Juan.

Juan: ¿Yo?

Carmencita: Usted la lleva y la trae en auto a la señora. Usted, aunque no quiera, la escucha hablar. Yo creo que ella lo tiene en alta estima. Además, en esos largos viajes que hacen juntos habrán tenido tiempo para intimar.

Juan: Ella habla solo de cosas superficiales cuando está conmigo.

Carmencita: No lo sé. Usted les cae bien a las mujeres jóvenes. Y ella es joven, Juan. ¿Le preguntó cuántos años tiene?

Juan: ¿Cómo le voy a preguntar cuántos años tiene?

Carmencita: ¿Sabe de qué me enteré? Ella se suma años.

Juan: ¿Quién le dijo eso?

Carmencita: (ríe) Si, se suma años. La otra tarde, cuando llegó del viaje, entró directo a verlo al General y apoyo su cartera con su pasaporte sobre la mesa de luz. Cuando salió, se fue apurada y dejó el pasaporte. Yo cuando vi que el General cerraba los ojos, como para descansar, lo espí. (Ríe) Se suma años.

Juan: Habrá mirado mal. ¿Para qué va a querer la señora sumarse años?

Carmencita: Sentirá que así está más cerca del General. Las mujeres somos raras Juan. Somos capaces de tantas cosas solo por amor. Pero la vida no es eterna. Y el amor tampoco es eterno. Nada es eterno. Hasta el General se nos está muriendo. Usted no se fijó como siempre cuando sale arreglada le pregunta: ¿cómo me veo Juan?

Juan: Es gentileza de su parte. ¿Quién soy yo? Menos que nadie, para opinar sobre una mujer tan distinguida como la señora.

Carmencita: Bueno, tampoco se tire tan a menos. Usted es un hombre guapo, inteligente, no es un simple sirviente como cualquiera de nosotros. Usted tiene clase Juan. Se nota que entró en desgracia. A los hombres que hicieron la carrera militar se les huele la raza como a los perros. Yo sé lo que le digo. La señora lo estima, por eso últimamente busca su complicidad. Y el General lo sabe y le divierte.

Juan: Ojo, que pueden escucharla. ¿Usted dice que ella busca mi complicidad?

Carmencita: ¡Claro! Todo el tiempo está buscando su complicidad.

Juan: No lo había notado.

Carmencita: Yo sí. Y Aurora también. Por eso hace diferencias con usted. Usted va a hacer carrera acá adentro Juan. La señora lo va a ayudar.

Juan: Yo no quiero molestar a la señora.

Carmencita: Pero ella lo puede ayudar. En cambio, a mí, creo que ni bien no esté el General, me ponen de patitas en la calle con cualquier excusa. La señora me tiene entre ceja y ceja. Además, mi trabajo como asistente de cámara del General se terminó. Se muere el General y se terminan mis sueños. Nadie llega hasta acá sin soñar que le va a cambiar la vida. Cuando le dije a mi mamá que quedaba a trabajar en la residencia presidencial no lo podían creer. Yo, nada menos que su hija, la chica de las rodillas sucias y la cara pintarrajeada. En mi primer franco, ella vino a buscarme. Y en lugar de esperarme en la puerta, me esperó escondida en la esquina de enfrente. Cuando salí, me di cuenta que a mi mamá le daba vergüenza mirarme. La agarré fuerte del brazo. Yo la llevaba casi a la rastra. Nos sentamos en una confitería y yo pedí y pedí, para que ella comiera. Teníamos lo que

nos merecíamos Juan. No me voy a ir de acá con las manos vacías. Juan, no se olvide de mi cuando le vaya bien. Míreme a los ojos. El único que puede ayudarme es usted.

Carmencita intenta besarlo.

Juan: No, espere... No hace falta. Lo voy a intentar.

Estelita, llega desde el fondo con la mesa carro vacía.

Juan: ¿Se sabe algo?

Estelita: ¡No! En el comedor no hay nadie. La señora sigue arriba.

Carmencita: ¿Y el resto? ¿Dónde está?

Estelita: Algunos en el dormitorio del General. Y los ministros encerrados en la sala. No se escuchaba nada. Solo mucho silencio.

Carmencita: ¿Siguen llegando autos?

Juan: Ya no.

Estelita: Se puso oscuro el cielo. Y hace un frío helado

Se escucha en el silencio el sonido de las agujas del reloj

Estelita: ¿Qué hora es?

Desde lejos llega un grito desgarrador. Ya nadie se atreve a moverse. Como una sombra se lo ve avanzar a Josecito, que llega desde el fondo.

Josecito: Ahora sí. El General nos dejó. Se terminó. Se terminó para siempre. *(Pausa)* ¿No van llorar?

Antonia atraviesa la sala después de haber vaciado el cajoncito.

SEGUNDO MOMENTO.

Pasillo.

José: Me empujaron hacia adentro pidiéndome que la sacara. Ella estaba agachada sobre el cuerpo del general. La tomé por detrás... “Señora, venga conmigo” ... un ronquido me brotó de la garganta: soltarlo al General para venir conmigo. Mi pedido sonó como una orden desesperada. Su cuerpo temblaba al lado mío. La abracé. ¿Alguna vez tuvo usted un pájaro entre las manos?... ¿Vio? Así parecía el cuerpo de ella. Con un hilo de voz dijo: “Dígale a ese que lo salve, dígame que me lo devuelva, él me lo prometió. Exijo que me lo devuelva”. Cuando me di vuelta el Otro estaba ahí, arrodillado en la puerta, con su cara contra el piso, y sus brazos extendidos hacia el cielo.

Cocina

Sala de la cocina vacía. Solo se ve la luz de un televisor encendido desde donde se escucha la voz de Isabel. Frente al televisor, Antonia limpia el vino que desparramó sobre la mesa. Trata de que no quede rastro y luego sale con su cajoncito.

Isabel Voz en Off: Con gran dolor debo transmitirle al pueblo el fallecimiento de un verdadero apóstol de la paz y la no violencia. Asumo constitucionalmente la primera magistratura del país. Pidiendo a cada uno de los habitantes, la entereza necesaria, dentro del lógico dolor patrio, para que me ayuden a conducir los destinos del país, hacia la meta feliz que Perón soñó para todos los argentinos.

TERCER MOMENTO.

Tiempo- 4 de julio de 1974- horas de la tarde.

Ante cocina, es de tarde, se siente el sonido de la lluvia. Entra Aurora vestida con un amplio sacón oscuro. Detrás de ella, cerrando un paraguas, Juan.

Juan: Que día oscuro...

Aurora: Y frío. Hace más frío en esta cocina que afuera. Tengo que armar el menú. La carne se está macerando desde anoche. Pero con este día será mejor cambiar de plato. ¿Qué dice usted?

Juan: ¿Qué?

Aurora: No me escuchó.

Juan: ¡Perdón!

Aurora: Quedó impresionado.

Juan: (asiente)

Aurora: Tome, nos va a venir bien algo fuerte. Tome, antes que llegue el resto.

Juan: Es una pesadilla.

Aurora: Tome esta copita. Yo lo entiendo. Tanta gente. Que desfile interminable. Y esas flores nauseabundas. Yo me arrimé un segundo, con mi pañuelo empapado en vinagre para que no me fuera a dar un vahído y después salí. Usted, ¿qué hizo?

Juan: Yo volví cuando todos se habían ido. Las puertas del salón donde lo velaban ya estaban cerradas. ¡No lo podía creer! El General se iba para siempre. Y yo que tantas veces lo había llevado esta vez lo dejaba ir solo. Subí hasta el primer piso del palacio y caminé perdido por los corredores solitarios. A lo lejos un muchachito, de la guardia, me hizo seña para que lo siguiera. Solo los de la funeraria trajinaban con la tapa del cajón. Y en el ataúd el General parecía esculpido en mármol. Solo los colores de su uniforme le daban a aquello un viso de realidad. Me llamaron la atención las manos, las uñas con las puntas dobladas hacia las yemas de los dedos. Y los zapatos. Ese hombre enorme se iba con los zapatos que yo le había lustrado. Antes que echaran la tapa, acerqué mi mano para apretar la suya, no se la hubiese soltado, me sentí en la obligación de devolverle algo de todo lo que él me había dado. Fueron los muchachos, los que me sujetaron para que yo no ahogara mi llanto contra

su pecho. Un hombre grande como yo llorando como un chico. Un hombre inmenso como el General apestando a podrido. ¡Qué injusto es todo!

Aurora: ¡Trague! Trague hombre.

Juan: Puede entrar alguien y sentirme olor a alcohol.

Aurora: ¿Y qué tiene de malo un poco de alcohol? Ayuda a seguir.

Juan: A mí no.

Aurora: ¿Qué dice? Aunque el hombre ya no este, la vida de todos nosotros sigue. Venga conmigo. Déjeme consolarlo. Mire su cara, parece un chico. Vamos, así, así... (*Pausa*) ¿Y esta lapicera?

Juan: Ah, era del General. La Señora me la dio.

Aurora: ¡Que belleza! No lo puedo creer. Tiene el sello de la residencia, ¡mire!

Juan: Aurora, no lo comente a nadie.

Aurora: Antonia, por favor, andá a guardar los paraguas para que no mojen todo. (Antonia se retira).

Juan: No quiero que vean que se hacen diferencias conmigo.

Aurora: Usted se merece esa diferencia Juan. Recuéstese tranquilo en mí. Déjeme ayudarlo.

Entra Estelita atravesando la sala.

Estelita: ¡Perdón! Ya me voy.

Juan: ¡Quédese! No interrumpes nada.

Aurora: ¿Dónde va?

Estelita: A mi cuarto, a dejar el abrigo.

Aurora: Con Juan la buscamos. Pero no la vimos por ningún lado.

Estelita: Me dejaron esperando en la sala del primer piso. El señor Ministro quería hablar conmigo.

Juan: ¿Habló?

Estelita: No. Se demoró tranquilizando a Carmencita que lloraba desconsolada. Yo lo esperé. Pero se conoce que se olvidó. Al rato una de las personas de seguridad me dijo que el Ministro ya no regresaba. Y cerraron su despacho.

Aurora: ¿Sabe que habló Carmen con el señor Ministro?

Estelita: La escuché llorar. Y decir que se sentía culpable porque el General había muerto en sus brazos sin que ella hubiera podido hacer nada. También lo escuché al señor Ministro decir que la señora nos necesitaba a todos para ayudarla a terminar el sueño del General.

Aurora: ¿Pero escuchó con la oreja pegada a la puerta? Dígame una cosa, Estelita, ahora que estamos entre nosotros, ¿usted estaba cuando murió el General?

Estelita: Yo estaba.

Aurora: Y Carmen, ¿estaba con usted? ¿Sabe por qué le pregunto?, porque ahora por decir que estuvo justo en el momento que el General murió, el Ministro se la va a poner cerca. Y ella va a conseguir lo que quiere.

Juan: ¿Es así?

Aurora: ¿No lo ve? Y lo escuchó decir algo más.

Estelita: Ella le dijo al Ministro que desde ayer que se sentía rara. Como si el General la acompañara. El Ministro le dijo que no tuviera miedo. Y que todo lo que sintiera se lo dijera a él.

Aurora: ¿Qué me dice Juan?

Juan: ¡Que habrá que creer!

Estelita: Permiso.

Aurora: Haga.

Estelita sale.

Aurora: ¡Mire a Carmencita! Esto pasa solo en este país. En una residencia presidencial, si una no es de carrera, ni loca la dejan acercarse al presidente. No tiene idea la de aptitudes que hay que reunir para trabajar en una residencia presidencial. ¿Sabe la de lista de recomendados que pasan por acá? Cada uno que viene pretende dejar alguno. Y después hay que andar haciendo limpieza, barriéndolos, como a las cucarachas, para sacárselos de encima. Inútil, al tiempo vuelven a entrar otras.

Juan: ¿Qué va a pasar ahora?

Aurora: Pregúnteselo a la Señora. Usted se entiende muy bien con ella. Ahora es ella la que lleva la fusta.

Juan: Me va a costar creerlo.

Aurora: ¡Créalo! Ya va a ver lo peligrosa que puede ser. Eso decía mi madre. Las mujeres somos capaces de poner el freno justo allí donde cualquier hombre estaría por hincarse. Mire afuera. El cielo se puso oscuro. La naturaleza es sabia Juan. Solo hay que observarla para saber lo que se viene.

Timbre furioso. Entra José seguido por Carmencita. Desde interiores se asoma Estelita.

Josecito: Les pido que con sus uniformes de luto salga a formar en la entrada. En unos pocos momentos estará llegando el cortejo fúnebre.

Juan: Me pongo la corbata y subo.

Josecito: ¡Ah!, Estela, quería decirle que desde hoy asistirá a doña Aurora en la cocina. Por un tiempo, Carmen va a ocupar su lugar. Le voy a pedir que se cambien al uniforme correspondiente para no confundir al resto del personal.

Estelita: Pero yo en la cocina, yo no sé nada de...

Josecito: No se preocupe. Doña Aurora le enseñara, ¿no es cierto?

Aurora: Si pude con Antonia como no lo voy a poder hacer con usted. Para mi es una orden. Y acá saben muy bien que si hay algo que yo sé hacer es cumplir órdenes.

Josecito: Gracias Aurora. ¿Usted tiene uniforme de luto?

Aurora: No. En el reglamento de cocinera de planta figura que tengo prohibido salir de la cocina.

Josecito: Entonces tendrá que quedarse.

Aurora: Sepa disculparme especialmente ante la señora.

Josecito: Despreocúpese.

Estela sale hacia interiores. José sale.

Carmencita: Miren la cantidad de gente que está entrando. Todos acompañando a la señora. Juan, déjeme ayudarlo con la corbata.

Juan: Yo puedo solo.

Carmencita: ¿Estuvo tomando? Enjuáguese la boca quiere. Es una falta de respeto. ¿Mire si se entera la Señora que en un día como el de hoy hubo sirvientes festejando en la cocina?

Juan: ¡Acá nadie festeja! Hoy es un día difícil para todos.

Carmencita: Difícil si toma solo. Pero no es el único que huele a alcohol en esta cocina. Trate de que no lo perjudique la situación Juan. (a Aurora) ¡Me olvidaba! La señora no va a cenar. Y sepa que se quejó de la comida de anoche.

Aurora: ¿Se puede saber por qué?

Carmencita: Demasiado cargada para una noche de luto.

Aurora: Dígale a la señora que las recetas las tengo ordenadas por protocolo.

Carmencita: Entonces algunas cosas, aunque estén en su protocolo van a tener que cambiar.

Aurora: Eso no lo voy a discutir con usted que para mí es solo ave de paso. Acá el personal de planta se maneja con reglamentos que nos llegan desde arriba. En todo caso que la señora hable con mis superiores.

Carmencita: Para esta noche ordenó un refrigerio liviano para las personas que se queden a hacerle compañía. Van a ser muchos. Yo subo a ordenar al personal auxiliar.

Carmencita sale. Aurora ríe con ganas, se coloca a gusto su delantal de cocina y enciende una radio. Entra Antonia desde interiores.

Aurora: Antonia, mirá lo que me dieron de recuerdo. ¿Te gusta? Era la lapicera del General. Vos, ¿sabes escribir? ¿Poco? ¿Algo? ¡No importa! Con esta lapicera yo te voy a hacer practicar.

Ante sala servidumbre.

Josecito, seguido por Carmencita

Josecito: Todas las flores de los jarrones deben ser blancas. Nada de flores de colores. Y nada de perfumes mientras dure el luto. Las flores de los jarrones se cambian día por medio, no importa que estén frescas, pueden traer mal olor. Le recuerdo que no debe de haber nada de color en los uniformes. Revise al personal auxiliar las veces que sea necesario. Todo el mundo con uniforme oscuro y delantal blanco. Y siempre cerca de la Señora la caja de plata con los pañuelos, eso sí, muy discreto. ¿Entendido?

Carmencita: Entendido.

Josecito: ¿Los guantes? ¡Cuidado! Aunque se haya sacado el esmalte igual se nota que tuvo las uñas pintadas.

Carmencita: Fue mi cumpleaños. Y de regalo me pagaron la peluquería

Josecito: ¡Sáqueselo! No vaya a ser que se vea como una señal equivocada. Son tiempos difíciles.

CUARTO MOMENTO.

Tiempo. Primeros días de febrero de 1975. Noche ante cocina.

Carmencita: ¡Mirá! Perfumes, cremas, jabón de tocador. Sentí el olor que tiene. ¡Me encantan! Voy a oler como una señora. Estaba loca de nervios. Iba sacando cosas y regalando.

Estelita: Entre tanta cosa, ¿no te habrá dado sin querer la lapicera que era del General?

Carmencita: No. A mí del General no me dio nada.

Estelita: Porque le dijo a José que desde el día del entierro que la está buscando y no puede encontrarla.

Carmencita: Si hubiese estado sola con ella no sabes todo lo que me traía. Pero José metió casi de prepo, en el cuarto, a su hermana. Una pobre provincianita, que parecía un manojito de huesos sucios. La mujer lloraba desconsolada.

Estelita: ¿Buscaba trabajo?

Carmencita: No. Buscaba que le salvara al hijo. Vino a pedir que se lo mandara lejos.

Estelita: Pobre. ¿Qué lo salvara de qué?

Carmencita: No sé, ni me importa. La señora la escuchó. Le pidió que se calmara. Hizo que anotara en un papel el nombre del hijo, el trabajo que hacía, y se guardó el papel con los datos en un cajón. Después, siguió dándonos cosas.

Estelita: Son todas cosas caras.

Carmencita: Como perras ciegas nos golpeamos por levantar unas medias de seda que caían. Corridas y todo se las arrebate igual. ¡Ay Estelita!, tenes que ver lo delgada que volvió la señora del mar. Es una pila de nervios.

Estelita: ¿Y esta pulsera?

Carmencita: ¡Deja! ¿Te gusta? Es un regalo.

Estelita: ¿De quién?

Carmencita: Del Ministro.

Antonia: ¡Tiene novio! ¡Tiene novio!

Carmencita: ¡Callate Antonia! De esto ni una palabra, si no ya sabés lo que te va a pasar. Ahora ¡Andate! (*Sale Antonia, Carmen se dirige a Estelita*) Él dijo que me va a preparar.

Estelita: A preparar, ¿para qué?

Carmencita: Para que pueda desplegar todas mis cualidades. El dijo que yo soy una elegida. Que por algo el General eligió morir cuando yo estaba.

Estelita:...

Carmencita: Él me está enseñando muchas cosas. Decime, ¿vos no me ves cambiada?

Estelita: Sí.

Carmencita: ¿Qué ves?

Estelita: Más arreglada. Mejor vestida.

Carmencita: Yo te hablo del cambio interior.

Estelita: La verdad... no sé...

Carmencita: Estoy mejor, más segura. Ahora sé lo que quiero: Ayudar a la gente. Ver cosas que antes no veía. Escuchar cosas que antes no escuchaba.

Estelita: ¿Escuchar... qué...?

Carmencita: Por ejemplo... al General caminando por la casa.

Estelita: ¡No te creo!

Carmencita: La otra noche. Después de la cena. Acompañé a la seña hasta su cuarto. Ella lloraba y decía: “¿Quién me puso en este lugar?”. En ese momento le pedí al General que se hiciera presente. Y de repente, un perfume entró en la habitación. Las dos los reconocimos. Era el perfume del General. Ella me abrazó temblando como una nena. Ahí nomás entró el ministro y el perfume se hizo más y más fuerte.

Estelita: ¿Y eso que quiere decir?

Carmencita: Que el General la busca a ella, y también al Ministro, para ayudarlos a terminar con su mandato. Y yo puedo ser muy útil.

Estelita: ¿A quién?

Carmencita: A la Señora y al Ministro: Yo vengo a ser como un cable a través de la cual el General busca comunicarse. ¿Entendes?

Estelita: Más o menos ¿Un cable?

Carmencita: Estela, yo te puedo ayudar. Pero vos tenes que dejar de estar con esta actitud de...

Estelita: ¿De qué?

Carmencita: De poca cosa. Así no nos vas a servir.

Estelita. Lo que pasa es que antes, cuando yo me ocupaba de organizar al resto del personal, sabía qué hacer. Pero ahora que vos ocupas mi lugar...

Carmencita: ¿Cuantas veces te lo tengo que decir? Yo no ocupo tu lugar. Yo tengo el mío. Y es distinto al tuyo. Además, yo estoy para otra cosa. Así que en cualquier momento vuelves a donde estabas.

Estelita: Por favor, Carmencita, yo no me siento cómoda en la cocina. Además, Antonia está cada día más rara.

Carmencita: ¿Te contó algo?

Estelita: Que me va a contar ¡si es más rara...!

Carmencita: La vez pasada le conté al Ministro que teníamos una sorda muda como ayudante de cocina. Se agarraba la cabeza y decía: como no lo supe antes.

Estelita: Como no supo antes, ¿qué?

Carmencita: Que teníamos un medio atrasada en la cocina.

Estelita: ...No entiendo. ¿Para qué le sirve un medio atrasada?

Carmencita: Muchas cosas empiezan a cambiar, Estela. El Ministro me contó, que cuando él era chico, su abuelo le decía que el mundo era una gran rueda que giraba. Que los que se encontraban abajo empujaba por subir y terminaban lográndolo. Y así seguía andando el mundo y girando una y otra vez... Estamos empujando Estelita. Agarrarte fuerte de mí, tonta, así subís y no te quedas abajo.

Estelita: Yo solo quiero volver a mi lugar. ¿Me vas a ayudar? ¿Me lo prometes?

Carmencita: Mm...lo voy a pensar. ¡No! Es una broma. Claro que te voy a ayudar, tonta. Chau.

Estelita: ¿Te vas?

Carmencita: Shhhh, tengo una cita.

Estelita: ¿Con quién?

Carmencita: Con el Ministro.

Estelita: ¿A estas horas?

Carmencita: ¡Sh!

Estelita: Me da miedo. No salgas que el parque está todo oscuro.

Carmencita: Mejor. Si esta todo oscuro es mejor. Decime, ¿a quién me parezco?

Estelita: ¿A la señora?

Carmencita: ¡No! Mirame mejor. ¿A quién?

Estelita: ...

Carmencita: No te animas a decirlo, ¿no? Viste. Cada día me parezco un poco más a ella. Me voy. No enciendas la luz. Cerrá y andá a dormir.

Carmencita sale. Aparece Aurora en la cocina con un cajón.

Aurora: ¿Qué hace acá?

Estelita: Ay, me asustó Aurora. Perdón.

Aurora: ¿Dónde va? ¡Quédese! ¿O se olvidó que ahora es ayudante de cocina? Deje los cajones en la cocina. Sino vamos a ensuciar todo con sangre. En el amontonamiento algunas se picotearon entre ellas y hay alguna muerta. ¿Vio que chiquitas son? ¡No sirven para nada! Pura tripa y huesos. Vamos a tener que engordarlas. Ya va a llegar el tiempo de comerlas. ¿Qué le pasa? En una cocina se va a tener que acostumbrar a ver sangre. ¿Qué hace? ¡Vamos! Usted me hace gracia. Esta chica me hace gracia.

Sala servidumbre.

José: Las copas hay que mirarlas a contraluz. ¿Ve? Todavía se ven algunas marcas. Pida que las repasen con el paño de lino. Porque, aunque estén bien lavadas quedan pequeñas marcas de haberlas manipulando y corrido de lugar. Repase ahora las que están en la mesa. Y en caso de que no pueda sacarle las marcas, directamente las reemplaza por otra limpia. ¿Entendido?

Ante sala de la servidumbre.

Noche, penumbra. Aurora y Antonia.

Aurora: ¡Antonia! Escribí sin tachar tanto. Mirá, ni los márgenes, ni los renglones respetás. Esto es un desastre. Escribí mejor Antonia, tenés que practicar más.

QUINTO MOMENTO**Tiempo. 1975**

Noche, clima festivo, se escucha algo de música que llega desde afuera. Carmen cruza rápida la sala, sale a su encuentro Juan.

Carmencita: ¡Ah! ¿Qué hace?**Juan:** ¡Venga conmigo! Están todos de fiesta. Nadie se va a dar cuenta.**Carmencita:** ¿Otra vez estuvo tomando?**Juan:** Tomo para divertirme. ¿Acaso, no puedo divertirme como el resto? ¿Qué soy yo? Acaso no soy un hombre, ¿eh?**Carmencita:** Me esperan.**Juan:** Vamos que estamos solos. Un poquito nada más. Nos encerramos en mi cuarto. Huele lindo. Déjese, no sea mala.**Carmencita:** Ahora no puedo. Me tienen que ver arriba.**Juan:** Arriba ya la vieron bastante.**Carmencita:** No lo suficiente.**Juan:** Sin embargo, el ministro, esta noche, parece tener solo ojos para usted.**Carmencita:** ¡No mienta! ¿No lo vio al lado de la señora? No hace más que mirarla a ella.**Juan:** Venga conmigo. ¿Se acuerda que una vez mi pidió ayuda?**Carmencita:** Yo ahora puedo sola.**Juan:** Vio, en el fondo sabe que el ministro tiene ojos solo para usted.**Carmencita:** ¿De verdad me miraba?

Juan: En la mesa tuvo una mirada para todos. Quiere que sepan que la Señora se recuesta en él.

Carmencita le da un cachetazo.

Juan: ¿Qué haces, loca?

Carmencita: ¡Te callas! ¡Y acá me tratas de usted!

Juan: ¿Por qué no me lo pedís cuando estás sola conmigo en el cuarto?

Carmencita: Se lo voy a hacer saber al ministro... Le voy a decir que sos uno de los que insinúan que él se pasea por las noches por el cuarto de la señora.

Juan: ¿Qué te pasa? ¿Te enamoraste de ese hombre? ¿Te hiciste ilusiones con él? Esa gente no es para nosotros. Nosotros podemos servirnos de ellos, pero nunca vamos a ser uno de ellos. Pero tenemos que saber estar al lado y tomar lo que nos sirve.

Carmencita: Yo si quiero puedo ser uno de ellos. Cuantas estuvieron en mi situación y hoy se pasean como señoras por esta casa. Cuantos estuvieron en tu lugar Juan y hoy, aunque nadie lo sepa, dirigen los destinos de nuestro país. A mí me prometieron muchas cosas y me van a cumplir. Yo sé que me van a cumplir.

Juan: Yo sé bien que la señora es una mujer fría y no es mujer de nadie. Lo que no sabía era que vos andabas tan enredada en otras sabanas.

Carmencita: ¡Claro que lo sabes! Y porque lo sabes es que me buscas. Pero si seguís repitiendo esas cosas no te voy a poder ayudar.

Juan: ¿Y por qué tendrías que ayudarme?

Carmencita: Acá desconfían de todos. Menos de mí.

Juan: ¿Y por qué no de vos?

Carmencita: Porque yo no hablo por mí. Yo hablo a través de las voces que escucho.

Juan: ¡Ah! Y esas voces, ¿qué te dicen?

Carmencita: De vos por ahora no dicen nada.

Juan: ¿Y entonces?

Carmencita: Pero me dicen que hay voces confundiendo a la señora. Y por ahora, el Ministro desconfía de José. José y la señora hicieron mucha amistad. Y el Ministro lo sabe. En cambio, con vos, cree que sólo habla de sonseras.

Juan: Carmencita, la señora no hace amistad con nadie.

Carmencita: ¡No me llames más Carmencita! ¿Cuántas veces tengo que decirte que es de poca cosa? ¡Yo soy Carmen! Y por ahora soy Carmen. Porque en cualquier momento, me cambio de nombre.

Juan: Estas muy rara últimamente... Decime, ¿desde cuándo soñas todas esas cosas, vos?

Carmencita: Desde que me di cuenta que puedo ser útil y servir a otros. ¡Déjame! Tengo que subir y no quiero que me sientan tu olor...

Juan: ¿Qué llevas ahí escondido?

Carmencita: Es un papel que la hermana de José le entregó a la Señora. Desde que esa mujer entró, sin que el Ministro supiera, ellos andan meta secretar. Están pasando muchas cosas a nuestras espaldas, Juan.

Josecito entrando

Josecito: ¡Carmen!, arriba el personal de servicio esta como desorientado. Suba que hay mucha gente para servir.

Carmencita: ... Baje a refrescarme. Ya subo.

Carmen sale.

Juan: ¿Cómo anda la fiesta?

Josecito: ¡Deje de tomar, quiere! ¿En ese estado conduce usted a la señora?

Juan: Hace rato que la llevo y la traigo y nunca se quejó.

Josecito: ¿En ese estado? Deje de tomar que hoy nadie sabe cómo va a terminar esta fiesta... La cosa se puso fea, dentro y fuera de estas paredes... Está todo muy peligroso...

Juan: Y usted, ¿cómo lo sabe?

Josecito: Lo sé por mi hermana. Ella me pone al tanto de lo que está pasando afuera. Últimamente prefiero no verla. Porque cuando vuelvo ando como sonámbulo dando vueltas por la residencia. Miro las caras de los que servimos y me pregunto cuál de ellos es el responsable de todo lo que nos está pasando...

Juan: ... Y ellos desconfían de nosotros...

Josecito: La señora desconfía con razón. Sus órdenes aparecen fraguadas. Su palabra distorsionada. Y aquí dentro mismo, la otra noche, ella guardó un sobre de mi hermana. Y desde ayer, que ese sobre no aparece por ningún lado.

Juan: ¿Y qué había en el sobre?

Josecito: Unos datos que mi hermana le había acercado... Lo mismo pasa con la comida. A último momento, siempre hay un cambio y se termina agregando o sacando algo que la señora no pidió. Ya no quiere que Aurora le cocine... Hablando de Aurora, ¿sabe dónde anda?

Juan: ¡No!... Si la Señora desconfía de la comida, lo lógico sería que alguien la probara antes.

Josecito: ¿Quién?

Juan: No sé... Que sea la señora misma quien lo pida. Háblelo con ella.

Josecito: Últimamente casi no puedo. Tengo que cuidarme. Al ministro, hasta le molesta que la acompañe por las noches cuando no puede dormir o cuando sus nervios estallan.

Juan: ¡Cúidese José! Sobre todo, si el ministro le puso los ojos encima. Hoy, ese hombre da la última orden dentro y fuera de estos muros. Es así.

Josecito: Lo sé. La otra noche, cuando salgo del cuarto de la señora, veo que estaba la luz encendida en la sala. Me asomo y lo veo a él; tenía una bata de seda color azul y olía a un perfume... (Pausa) ¿De dónde la había sacado? ¿Con qué permiso él usaba el perfume que había sido del General? Me miró, se rió, y me dijo: “usted pertenece a una especie rara. A esos que no terminan de ser hombres, pero tampoco son mujer. Su familia lo debe sufrir mucho, ¿no?” Y yo le conteste: mi familia sufre por otras cosas. ¡No sé por qué se lo dije!

Timbre furioso.

Josecito: No sé por qué.

Juan: El sobre, que la señora está buscando, lo tiene Carmen.

Josecito: ¿Qué?

Juan: ¡Olvídeselo! Yo nunca se lo dije.

Entra Aurora

Aurora: Buenas noches.

Josecito: Buenas noches Aurora. Mire, yo quería hablar con usted sin que se ofenda.

Aurora: Si a la señora no le gusta mi comida, que asuma la responsabilidad otro. Yo igual tengo que seguir en mi trabajo hasta que...

Josecito: ¡Por favor! ¡Arriba todo el mundo está disfrutando de las exquisiteces que usted preparó! Y, la señora no puede comer lo que está servido. Ella dio la orden de hacer otro menú. Pero usted insiste en repetir una comida que seguramente venia de antes.

Aurora: Si, de mucho antes.

Josecito: Hay que cambiarla. Eso está diciendo. Ya para el General era una comida pesada.

Aurora: El General nunca se quejó. Además, así como pedía carne y verdura hervida sin sal, después pedía un bife a caballo. ¿Qué van a decir ahora? ¿Qué mí cocina lo mató? ¡Se da cuenta Juan! ¡Ahora yo soy la responsable de la muerte del General!

Josecito: Jamás dije eso. Sólo hablo de costumbres. De viejas costumbres.

Aurora: Lo que pasa es que la señora pide un menú y después lo modifica. Llega toda la orden tachada, borroneada, escrita encima. ¡Mire, Juan! ¡Mire usted lo que estoy diciendo!

Aurora se apresura a sacar unas hojas de su bolsillo.

Aurora: Mire esta letra ilegible. No se entiende nada. Parece escrito por una loca, por una desquiciada. ¿Quiere ver cómo llega el menú a mis manos? ¡Pero mire también usted! Aquí tiene como llega.

Josecito: Es un horror.

Aurora: Lo mismo me dijeron.

Josecito: ¿Quién?

Aurora: Mire, yo hace años que ocupo un lugar en esta cocina. Los presidentes cambian y yo sigo acá. Yo soy personal de planta dentro de la residencia...

Josecito: Sí, ya la entiendo...

Aurora: Por eso cuando fui a cobrar mi sueldo, me hicieron saber lo que estaba pasando. Se imagina que yo ya lo sabía. Entonces les mostré estos escritos de la señora. ¿Sabe que me dijeron?

Josecito: No.

Aurora: ¿Quién escribió esto? ¿De quién es este mamarracho? Porque, en verdad, es un mamarracho. Si uno se lo da a escribir a un niño bien educado de seis años, lo hace mejor. Pero mire, no respeta márgenes, renglones... puntuación ni hablar... ¡Nada! No lo muestre, ¡escóndalo, que da vergüenza!

Josecito: ¿Y de quién es esta letra?

Aurora hace silencio.

Aurora: ¿De quién va a ser? Llega con el sello de la residencia.

Josecito: Permítame esto. Se lo voy a hacer ver a la señora.

Aurora: De ningún modo. La va a mortificar. Se entiende que una mujer en semejante estado de presión pueda escribir eso y algo peor. Olvídelo. No existe más.

Josecito: ¿Y entonces?

Aurora: ¿Ella confía en usted? Bueno, pídale que se lo dicte. Y después que ella lo selle.

Josecito: La señora no va a querer.

Timbre furioso.

Aurora: ¡Claro que sí! Propóngaselo. Lo pueden hacer juntos de noche, mientras miran las novelas.

Josecito: Veré.

Timbre furioso.

Josecito: ¡Ya voy! ¡Ya voy!

Juan: José, se olvida los guantes.

José toma sus guantes y sale. Aurora mira hacia el jardín

Aurora: ¡Qué noche de fiesta!

Juan: Ese sello era el de la lapicera del General, ¿no es cierto?

Aurora: ¿De cuál lapicera? ¡Ah! ¡No le puedo creer! ¿La que la señora le había regalado a usted? (pausa) ¿Qué quiere decir Juan? ¿Ese mamarracho lo escribió y firmo usted?

Juan: ¡Claro que no!

Aurora: Traiga la lapicera y comparemos el sello.

Juan: Dije una estupidez.

Aurora: Pero, ¿la tiene? (pausa) Si la perdió, lo mejor es que lo sepa la señora.

Juan. Le dije que no se preocupe.

Aurora: Tomemos algo fuerte. ¿Y ese perfume? Es usted. ¿De dónde saco usted ese perfume?

Juan: ¿Yo?

Aurora: Tiene, un su cuello, el perfume de la señora.

Juan: No puede ser.

Aurora: A mí no me mienta. Me di cuenta, en cuanto usted se me acercó.

Juan: ¿Cómo voy a tener el olor de la señora?...

Aurora: Ese olor en su cuerpo, en estos momentos, puede costarle la vida. Las cosas se están poniendo muy difíciles. Van a empezar a poner orden. Usted que lleva y trae a la señora, ¿no sabe lo que está pasando?

Juan: No entiendo lo que me pregunta, Aurora.

Aurora: Y usted, con su perfume apestando en su cuello, en sus manos, ¿qué hizo Juan?

Juan: ¡Nada! Carmen estuvo conmigo y...

Aurora: ¡Ah! ¿Carmen con el perfume de la señora?

Juan: Se lo regaló la señora.

Aurora: Su perfume, ¿a una mucama?

Juan: No sé, o fue el ministro.

Aurora: ¡Se da cuenta que es una trampa! El ministro le regala el perfume de la señora a la mucama. La señora lo permite. Y ahora la mucama, el ministro y el chofer huelen como si fueran la señora. Juan, ¿qué cuerpos se quieren ocultar detrás de ese perfume? ¿Qué peligroso animal se está queriendo camuflar? ¡Mírese, medio borracho, oliendo a alcohol y a poder!

Juan: Yo soy un pobre chofer que conduce a la señora hasta donde ella manda.

Aurora: ¡No sea idiota! Todos los ojos están puestos sobre esta casa y ven hasta donde nosotros no vemos. La señora es una viuda. ¿Le parece lógico que después de la muerte del General haya quedado un hombre durmiendo bajo el mismo techo, puerta de por medio? Dígame usted. ¿El ministro es su hermano? ¿Es su padre?

Juan: Claro que no.

Aurora: La gente habla. El murmullo se echó a correr. Y hoy por primera vez ese chisme barato, llega hasta los oídos de la señora. Y la pobre señora, debilitada, la que tiene el estómago cerrado, atragantada de odio y furia, empachada de incapacidad y de decretos incumplibles, escucha esto que está llegando hasta sus oídos: el ministro, que no es ni su padre, ni su hermano, duerme bajo el techo y se levanta de madrugada y visita a la señora. ¿Quién de los dos es el que necesita que lo ayuden a conciliar el sueño? ¿Quién de los dos es el que no puede dormir?... La pobre señora...

Juan: Humillada delante de todos.

Aurora: Ella. La que jamás compartió su cama con nadie. Su cuerpo con nadie. Tal vez ni con el mismísimo General. Porque su frigidez no se lo permite. Está siendo, ahora, humillada como una ramera. ¡Una vergüenza! ¡Nada menos que en una fiesta como esta! Delante de todo su gabinete y de amigos queridos y no tanto. Pero uno de ellos, el más osado, el que quiere llegar más lejos, es el que alza la voz y dice: que hay quienes murmuran que el que duerme bajo el mismo techo de la viuda comparte su cama y su poder.

Juan: ¿Es verdad? Si es así sería tremendo.

Aurora: La señora clava la mirada en el ministro. El ministro bufón rompe en llantos y, delante de todos, jura que él jamás ocupó esa cama. Todos están en silencio. Ella espera que el ministro bufón, dé el paso que hace tiempo ella misma y entre llantos le suplicó dar. El ministro bufón se da cuenta y dice lo que todos están esperando; “Me voy ahora mismo”. La señora respira aliviada. Silencio... Sólo al final del largo salón se siente un llanto ahogado. ¿Sabe quién llora? Una mucamita, que, a esta altura, ya se juzgaba con todo el derecho de sentirse señora.

Josecito entra en la cocina. Detrás de ella Carmen.

Josecito: ¡Juan! ¡Rápido, la señora lo llama! Pide que haga el favor de ayudarlo al ministro a sacar sus cosas de esta casa.

Carmencita: ¡No lo haga Juan! Hable con ella. ¡Por favor Josecito! ... ¡Juan, convéznala!...

Juan: Nosotros somos sirvientes. Y nuestro trabajo es cumplir las órdenes.

Estelita: ¡José, su hermana al teléfono, llora desesperada y pide por usted o por la señora a los gritos!

Josecito: ¿Qué pasó?

Josecito sale

Estelita: A su sobrino, se lo mataron.

Juan sale detrás de Josecito.

Ante sala de la servidumbre.

Noche, penumbras, Estelita.

Estelita: Frente a la valija abierta paso listo una y otra vez para no olvidarme de nada, paso listo a sus polleras, paso listo a sus abrigos, paso listo a sus enaguas, paso listo a sus pañuelos, paso listo a sus REMEDIOS:, paso listo sabiendo que estoy olvidándome de algo, sabiendo que no debería por que llegado el momento es esta y no otra la valija que debo llevarle. Ella entra al cuarto, su presencia es como una corriente eléctrica que se va acercando y cuando la tengo al lado me es imposible pensar en nada... Ella quiere que repasemos lo que lleva guardado una vez más... pero se enfurece, vuelve al placar y comienza a tirar cosas sobre la cama...

Noche, Hall, penumbras, José

|